

Un Oscuro Silencio

Alberto Martínez Sánchez



Capítulo 1

LA PRISIÓN INFINITA

PRELUDIOS

UN OSCURO SILENCIO

Alberto Martínez Sánchez

© ALBERTO MARTÍNEZ SÁNCHEZ

UN OSCURO SILENCIO

Código Safe Creative: 2204190948960

ISBN: 9798405702629

Sello: Independently published

Créditos sobre la portada: Alberto Martínez/D-Keine

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Capítulo 1

EI ABISMO A TUS PIES

Acabó de vestirse en la oscuridad con deliberada lentitud, cosa bastante inédita en él. Se sorprendió aspirando el leve aroma floral con vetas de romero y lavanda que se desprendía de las bolsitas de tela arpillera que su madre repartía de forma estratégica por toda la casa y en particular en los dormitorios.

La localizó justo debajo de su almohada y se la acercó al rostro mientras su agudo oído seguía a todos y cada uno de los familiares sonidos que invadían su hogar por las mañanas.

—Tantas cosas, tantos pequeños detalles. Y tengo que darme cuenta

ahora, cuando ya no significan nada. —murmuró.

«*O quizás importan más que nunca, ¿no crees?*», se sobresaltó al escuchar la voz de su abuelo en su cabeza.

Asintió a su invisible interlocutor y optó por guardar la bolsita en el bolsillo interior de su camisa.

—Te echo de menos. Todos lo hacemos. —contestó en la oscuridad.

Nadie le replicó en la soledad del cuarto, pero tuvo un destello con la imagen del rostro de su abuelo enarcando una de sus pobladas cejas y esbozando esa sonrisa irónica que tanto...

—Que tanto molestaba a padre —suspiró alzando con una mano el ventanuco de madera del tejado de la buhardilla en la que dormía.

Un cielo duro y plomizo se coló por la abertura y un viento desapacible, húmedo y cargado de salitre, heraldo de la tormenta, le enredó su cabello ya de por sí largo y ensortijado. Ladeó un poco el rostro, pero no porque le molestara el clima exterior. Estaba escuchando de nuevo.

«*La casa hoy no suena igual*», reflexionó.

Jasón cerró de nuevo la exigua abertura cuando consideró que ya se había ventilado lo suficiente la habitación y la aseguró con un poco de cordel. Con seguridad no iba a necesitar aquel cuartucho nunca más, pero tampoco deseaba que la lluvia invadiera y causara daño alguno en el hogar de su familia.

Volvió a prestar atención a los sonidos procedentes de la planta inferior.

—No, definitivamente no son los de siempre —susurró apoyando su frente en la puerta de madera oscura y desgastada que daba a la escalera—. Se diría que madre camina hoy de puntillas.

Y los niños no estaban. Sus dos hermanos pequeños, dos torbellinos rubios de actividad y risas, tampoco se dejaban notar.

«*Padre ha debido llevarlos donde la tía*».

Hasta hoy, Jasón había aguardado siempre a su padre junto a la puerta, con las trampas y los cebos listos para su despliegue en su zona de caza habitual.

Hasta hoy. Si a su padre le había sorprendido no encontrarlo listo para la

jornada aquella mañana, lo ignoraba.

Jasón lo había escuchado detenerse frente a su cuarto mucho antes de que despuntase el alba, pero no lo llamó. Se limitó a estar allí fuera durante un interminable y elástico minuto y después sus pasos se desvanecieron escaleras abajo. No sabría decir si aquello le había dolido. No había dejado de acompañar a su padre cada mañana desde que cumplió los doce. Ahora tenía casi 18 y sentía como si todas sus emociones estuvieran amortiguadas, hundidas bajo el tremendo peso de lo que había escuchado la noche pasada.

□ • □

Se había levantado y deslizado fuera de la habitación cuando bien entrada la medianoche alguien había golpeado la puerta de su casa con tanta suavidad, que hubiera pasado desapercibido para cualquiera con un oído menos desarrollado que el suyo.

Salvo que no fue así. Por algún motivo, sus padres estaban en pie todavía, aguardando algo frente al fuego con silenciosa angustia. Jasón la había percibido flotando entre ellos durante toda la tarde como un oscuro nubarrón, un presagio que al final se había materializado en la forma de los tres hombres encapuchados a los que dejó acceder su padre al interior de la vivienda. Luego ya vino el revuelo de discusiones en pretendida voz baja y de sillas derribadas cuando la tensión entre sus padres y los visitantes llegó a límites insostenibles. Jasón se había encontrado a sí mismo sujetando con fuerza los barrotes de la escalera y tentado de coger el cuchillo que escondía siempre bajo la almohada. Estaba dispuesto a intervenir en ayuda de sus progenitores, cuando una sola frase lanzada desde el exterior de la puerta abierta de la vivienda, había cortado a través de toda aquella ira y frustración acumulada y zanjado la cuestión. Fue como si aquel tono grave, áspero y profundo hubiera tenido la cualidad de congelarlos a todos en su sitio:

—Es nuestra ley, el camino que escogimos todos.

Su madre había colapsado, derrumbándose en una silla con las manos sobre el rostro. La cara de su padre no la pudo ver, estando como estaba de espaldas a su punto de observación en lo alto de las escaleras, pero vio sus hombros relajarse y la inclinación resignada de su cabeza.

Y entonces Jasón supo que su vida estaba por acabar y apenas si sintió otra cosa que tristeza por aquellos a los que dejaría atrás.

□ • □

Eso fue anoche. Ahora, salió de su cuarto silencioso como un zorro que caminara sobre la nieve y pasó al de los pequeños, al final del pasillo del

piso superior.

Puso su mano sobre las mantas y se dejó reconfortar por el calor residual que sus cuerpecitos habían dejado en la cama.

«*No volveré a verlos*», pensó. Y la certeza de ello casi trajo lágrimas a sus ojos. Sacudió la cabeza, reponiéndose, y su mano izquierda subió a su nuca y deshizo el nudo del amuleto que colgaba de su cuello. Era la sencilla representación en cobre de un dios antiguo y olvidado. Un tosco jinete solitario armado con un hacha que sin embargo fascinaba a su hermanito Pedar.

—Era del abuelo, nunca lo pierdas —murmuró mientras lo depositaba en el lecho. A su lado, colocó una espada de madera en la que llevaba trabajando casi toda la semana.

—No está tan bien acabada como pretendía, Ejnar, pero es que me he quedado sin tiempo de repente.

Se puso en pie, contemplando sus pobres presentes con nostalgia.

—Seréis felices, os lo prometo. —dijo con repentina decisión, dándose la vuelta y descendiendo por las escaleras.

Su madre se afanaba en la cocina y, aunque lo oyó acercarse, no se dio la vuelta para mirarle. El chico atisbó un rostro demacrado y unas lágrimas rebeldes a través del cabello enmarañado de la mujer, que en completo silencio dispuso un plato de gachas en la mesa. A su lado, depositó una pequeña hogaza de pan recién hecho que aún humeaba. Jasón se sentó despacio.

«*Entonces, así es como va a ser*».

—Padre no me despertó. —dijo para romper el silencio que los ahogaba a ambos.

«*Lo sabe, sabe que lo escuché todo desde la escalera*».

—Hoy no era necesario —Le contestó con voz más ronca de lo habitual—. Ha ido a retirar las trampas para evitar que la nieve las entierre profundo. Se nos viene encima una tormenta de las grandes.

«*A algunos ya nos ha alcanzado*», pensó Jasón con amargura.

—Ya. —contestó él apartando el plato. Que le disculpara su señora madre, pero no tenía hambre. Se levantó con un leve tintineo metálico procedente de la cota de malla. Jasón se había vestido con las galas militares de su abuelo. Un atuendo en negro y plata que poco o nada tenía que ver con

las vestimentas de aquella región donde la mayoría de sus habitantes se dedicaban a la agricultura y la pesca. La espada también colgaba de su cintura.

Si a su madre le extrañó verlo con semejante equipaje, se lo guardó para sí.

Jasón se acercó al perchero de la entrada y por un segundo estuvo tentado de coger la elegante capa de pelo negro y blanco que había lucido su abuelo. Sin embargo, su naturaleza práctica se impuso y se cubrió los hombros con su raído guardapolvos gris, mucho más adecuado para la tarea que tenía en mente.

Iba limitarse a salir por la puerta pero, en el último momento, volvió sobre sus pasos y abrazó a su madre por detrás. El cuerpo de la mujer se puso rígido y el olor agrio del dolor y el miedo surgieron de ella a oleadas, pero no dijo nada. Sollozaba.

—Todo está bien, madre. Todo queda perdonado.—Le susurró al oído.

Y salió a la calle.

Capítulo 2

LOS NIÑOS DEL INVIERNO

L

lamarla calle era ser muy generoso con la principal vía de acceso al pueblo. Un amplio camino cubierto por una perenne nube de polvo gris que irritaba ojos y gargantas de hombres y animales por igual.

El hogar de Jasón se encontraba ubicado a un lado del mismo y bastante alejado de lo que era el pueblo de Dannark en sí. Un centenar de metros distaban hasta el domicilio de sus vecinos más próximos. Su casa era una de las más antiguas y la única, junto a la del alcalde, que todavía mantenía en propiedad la parcela que la rodeaba. El resto habían ido perdiendo sus privilegios décadas atrás, cuando el crecimiento exponencial de la población demandaba más terreno del que había disponible.

«Las cosas han cambiado mucho desde entonces», meditó cubriéndose la cabeza con la capucha.

Durante los últimos años había asistido al estancamiento de la población y su posterior y lenta merma. Al menos ahora sabía de primera mano a qué se debía el progresivo abandono de las viviendas y la falta de visitantes de otras aldeas. El motivo por el que ni siquiera los buhoneros se dignaban a

tratar con ellos.

Los suministros se habían reducido a todo aquello que fueran capaces de recolectar, cazar o producir por sí mismos. A menudo se preguntaba qué habría ocurrido si no tuvieran el mar de Gelios tan cercano.

«Migrar... o morir poco a poco de hambre».

Esta vez agradeció en silencio la presencia de la barrera de polvo que les aislaba del resto. Rodeó su casa y comenzó a caminar campo a través, en dirección contraria al pueblo y buscando la linde del bosque situado un kilómetro más allá; procurando que la vivienda se interpusiera entre él y cualquier mirada indiscreta que procediera de la población. Si se daban cuenta de que se alejaba, darían por hecho que estaba huyendo y no tardarían en perseguirle.

«Que vengan», pensó acariciando el pomo de la espada.

«No te apresures, muchacho. No es bueno juzgar a un hombre sin tratar de calzarte antes sus zapatos. Y menos a un asentamiento entero», susurró en su cabeza una voz familiar.

«Reserva tus fuerzas para el enemigo o, peor aún, para el viaje que te aguarda. Y confía en que tus amigos mantengan la promesa que os hicisteis o no habrá nada que hacer y la oscuridad nos devorará a todos».

Jason asintió, muy a su pesar, siendo consciente de que la voz que escuchaba no era sino la suya propia disfrazada con el tono pausado de su abuelo. Su sentido común luchando por traerlo de nuevo a la realidad.

«Qué distinto era todo aún no hace ni dos años», se dijo mientras su mente retrocedía al día en el que descubrieron que todo cuanto conocían, que todo en cuanto creían... no era cierto.

□ • □

El polvo olía a paja mientras invadía sus fosas nasales. A paja y quizá a vergüenza y lágrimas viejas. No era la primera vez que daba con sus huesos en aquel lugar. Eso le irritó más que la bota que oprimía su rostro contra el suelo del cobertizo.

Liberó su cabeza a costa de dejar un rastro de piel y sangre detrás suyo y giró sobre sí mismo para alejarse de su contrincante, un enorme muchacho de cabellos cortos y castaños cortados al estilo de los soldados mercenarios del este.

Se levantó, flexible como un junco, dispuesto a seguir luchando mientras las piernas le sostuvieran; pese a saber que no tenía ni una oportunidad.

Otros dos chicos rodeaban sus flancos para evitar que huyera.

—No aprendes, Kaj. —Se dirigió a él su oponente, usando el apelativo lleno de desprecio que usaban todos en el pueblo para aquellos que carecían de familia:

Kaj, tierra. Un niño del barro y el abandono.

—En el suelo todo habría terminado mucho más rápido. Ahora tendré que empezar a sacudirte de nuevo. —anunció con evidente satisfacción.

El aludido escupió un cuajo de sangre a un lado, con desprecio. El rostro le ardía y la nariz sangraba con profusión.

«Espero que no esté rota. Ya de por sí no soy demasiado guapo», rio por dentro.

Los demás solían pensar que estaba loco porque continuaba sonriendo incluso cuando el castigo hubiera sido excesivo incluso para un adulto fuerte.

No comprendían que aquella actitud era todo el gesto de rebeldía que el muchacho huérfano podía permitirse. Su muro, su guarda, su fortaleza inexpugnable.

—En el suelo mejor, Kaj. Hijo del polvo —repitió otro de aquellos chicos por enésima vez—, eso es lo que queda de tu familia.

Los otros dos rieron (de nuevo) a lo que para Kaj ya se reducía a una monótona cantinela de desprecio y crueldad gratuitas.

Alzó una vez más sus estandartes imaginarios, un cuerno llamando a la lucha resonó en su memoria y una sonrisa de desafío, de ensayada autosuficiencia se dibujó en su rostro.

—Kurt, Kurt —dijo meneando la cabeza a un lado y a otro —, ¿Para qué me quieres en el suelo? ¿Acaso ya te cansaste de abusar de las gallinas de tu padre y necesitas algo más?

El aludido enrojeció de furia y se abalanzó sobre él, tan solo para abrazar al aire.

Kurt era grande y musculoso, pero no demasiado ágil.

Kaj, ahora detrás de él, reía en voz alta:

—En serio, si lo sabe todo el pueblo. Por eso cada vez vendéis menos. Da

un poquito de asco guisarlas, si lo piensas.

Se hizo a un lado para evitar una nueva embestida y de paso interpuso una pierna en el camino del otro, haciéndolo caer de forma aparatosa.

—¡Cogedle!, isujetadle, malditos seáis! —gritó Kurt desde el suelo con el cabello cubierto de paja y suciedad.

Kaj se debatió entre los otros dos durante un rato, pero al final lograron reducirlo y sujetarlo contra uno de los postes de madera. La enorme mole de Kurt se cernió sobre él, bufando su triunfo.

Los golpes llovieron sobre él sin piedad y si no hubiera sido por los dos compinches de aquel malnacido, habría caído de nuevo al suelo.

«*Debería de darles las gracias por la gentileza*», rio en su cabeza con ácida amargura.

Kurt se había detenido para recuperar el aliento, momento que aprovechó Kaj para tratar de abrir los ojos.

Su campo de visión se había reducido a unas meras ranuras por las que corría la sangre.

«*Acabemos con esto de una puta vez*».

—Oye —murmuró luchando porque se le entendiera a través de los labios tumefactos—, ¿por qué no te trincas a estos dos? Se los ve de lo más obediente. Igual te darían menos guerra que las gallinas. Aunque tienen pinta de ser aún más escandalosos.

Terminó su parlamento riendo de forma entrecortada. Su pecho pinchaba. De seguro tenía más de un hueso roto.

El rostro de Kurt se ensombreció como nunca antes lo había visto. Un nuevo nivel de furia, que sin embargo parecía haberle entregado cierto control sobre sus acciones.

Lo cogió del pelo y lo obligó a alzar el rostro frente a él:

—Ha sido tu último chascarrillo, inmundicia. —Le dijo con un tono tan helado que hasta kaj se sorprendió, por lo inédito.

Lo entrevió apartándose de él y dirigirse hasta el fondo del cobertizo de donde cogió una de las horcas para el heno.

La visión de aquellas cuatro púas oxidadas tuvieron la virtud de acobardar a sus dos compinches, que de forma inconsciente relajaron su presa sobre

Kaj.

—Kurt, espera. ¿Qué vas a hacer? —Le dijo uno de ellos, nervioso. Se llamaba Thomas, creía recordar Kaj. Del otro chico ignoraba el nombre, pero lo escuchó intentando mostrar su desacuerdo con el cariz que estaba tomando aquello. Una sola mirada de Kurt bastó para hacerlos enmudecer.

—Silencio. No nos pasará nada —dijo muy tranquilo acariciando una de las púas—. Nadie lo echará de menos, ni siquiera el borracho de su tío. Qué va, hasta puede que el tipo lo celebre.

«Mira por dónde, va a ser la primera vez que estoy de acuerdo con este imbécil», pensó Kaj. «La primera y la última, me temo»

—Joder, Kurt. —Aún trató de protestar Thomas.

Sin embargo, ambos continuaron sosteniendo el cuerpo de Kaj con fuerza renovada.

Éste observaba toda la escena con un distanciamiento y una indiferencia ajena a sí mismo. No podía evitarlo, formaba parte de su don secreto.

Veía la mirada de Kurt y debajo de aquella nueva frialdad y desapasionamiento repentino por parte del matón, identificaba los destellos de la auténtica locura extendiéndose por sus ojos como una marea negra. Una que brillaba como la obsidiana.

«Ahora sí. He quebrado su cascarón y traído a la luz al asesino».

—Te rompí. —murmuró por lo bajo.

Kurt lo oyó y sonrió:

—No va a ser rápido. Te lo garantizo. —Y movió la horca hacia atrás, cogiendo impulso.

Y se detuvo.

Kaj intentó parpadear, pero lo único que consiguió fue liberar un par de gruesos lagrimones de sangre que se deslizaron desde sus ojos por las mejillas.

Un grito agudo y ensordecedor como el canto de una banshee le laceraba los oídos y, al parecer, procedía de delante de él.

Kurt gruñó, pero no bajó el arma.

—Aparta de ahí, hermanita. No te entrometas o tú también cobrarás premio hoy.

«¿Su hermana?, ¿la pequeña Lizeth?».

Kaj se tensó obligando a que los dos esbirros tuvieran que redoblar sus esfuerzos por mantenerlo sujeto.

Apenas si distinguía ya las formas a través de los ojos hinchados, pero entreveía un pequeño bulto frente a él vestido de azul celeste y con las manos extendidas. Protegiéndole.

«No, no», ahora sí que estaba preocupado. Kurt se encontraba inmerso en un estado de ánimo peligroso en extremo.

—Chica, vete de aquí. —Consiguió decir—. Tu hermano ya no es él mismo.

La muchachita, casi un palmo y medio más baja que él, movió la cabeza sin girarse:

—No. —Se reafirmó terca.

Kurt avanzó y dándole la vuelta a la herramienta, golpeó con ella el rostro de la chica, arrojándola a un lado.

Kaj se revolvió contra sus captores temiendo por ella al ver a Kurt alzar la horca por encima de su cabeza.

—¡Basta! —gritó alguien desde fuera de su limitado campo de visión.

Kurt se dio la vuelta, tan solo para recibir un tremendo impacto en el rostro que aplastó su nariz y lo envió al suelo inconsciente.

Kaj resbaló hasta el suelo cuando los otros dos dejaron de sujetarle de repente. Por el ruido de carrera a su espalda, entendía que no deseaban enfrentarse al recién llegado y habían elegido la huida.

Intentó arrastrarse hasta la chica, pero alguien lo sujetó y le obligó a sentarse con la espalda apoyada en el poste.

—No te muevas. Hay que ver si tienes algún hueso roto. —Le ordenó una voz juvenil.

—La chica... —Intentó hacerse entender. Tenía la boca tan seca e

hinchada, que ni el mismo conseguía entender su farfalleo.

—Está bien. Le dolerá la cara un par de días, pero ya está despertando
—contestó otro sujeto diferente, también joven por el timbre.

—Eres valiente, huérfano. Mi abuelo no se equivocó contigo. —Le apoyaron una mano en el hombro, en un gesto de reconocimiento que Kaj nunca había recibido de nadie—. Esperaremos a que la chica despierte del todo e iremos a que atiendan vuestras heridas.

—Valiente o tonto de remate. No lo tengo yo tan claro —rezongó la voz del otro. Se intuía grande, mucho más grande que Kurt, que ya era enorme.

El conocimiento le llegó de repente, aun cuando no los veía:

—Válgame la suerte —rio—. El aprendiz del herrero y el hijo del trampero. No sé si os conviene hacer migas conmigo.

—Probablemente no —repuso el grande—, pero lo decidiremos nosotros.

—Torben habla por los dos. Yo soy Jasón.

—Y yo Lizeth. —Añadió una vocecita desde un lateral.

Kaj hubiera sonreído de haber podido. Hacía unos instantes estaba decidido a entregarse a la muerte de forma voluntaria, y he aquí que el destino de repente le mostraba un camino nuevo e inesperado.

—Mi señora, os debo la vida. —Se esforzó por pronunciar con voz engolada—. Disculpad si no me inclino ante vos. Ando un poco perjudicado.

Y dicho esto, se desmayó.

Durante unos segundos, los demás se miraron entre sí en desconcertado silencio.

Luego Torben se inclinó para recoger al inconsciente Kaj mientras murmuraba:

—Me he quedado con las ganas de preguntarle de si lo que dijo de las gallinas era cierto.

Capítulo 3

LA PROLONGADA SOMBRA DE TUS PADRES

L

a sangre se escurría del trapo dejando efímeros rastros de un rosa desvaído en la corriente del riachuelo.

—No vamos a tener suficientes paños como continúe así —gruñó Torben, quizá un poco más alto de lo que hubiera querido—, ¿a dónde ha ido esa condenada chiquilla?

—Es la tercera vez que me lo preguntas, cálmate. —Le contestó Jasón mientras atendía a la interminable hemorragia nasal de Kaj. El chico no decía nada ni se quejaba, pero debía de estar sintiendo un dolor terrible y punzante en el pecho.

«Y no consigo que pare el derrame. Casi parece que sufra de la enfermedad de la realeza», meneó la cabeza dialogando consigo mismo.

Kaj tosió e intentó un amago de risa al darse cuenta de ello.

—Ten cuidado, trampero —susurró con voz ronca—, o acabarás cogiendo moscas.

—No hables, que es peor. —Le reprendió Jasón, aunque terminó por sonreír.

«Ya me gustaría a mí poder tomar las cosas con semejante talante».

Una mano se apoyó en su hombro, sacándole de sus pensamientos.

—Ya regresa. Y viene con alguien. —avisó Torben.

—Tal y como dijo que haría. —afirmó Jasón.

En los pocos minutos que habían permanecido juntos, la pequeña jovencita le había impresionado casi tanto como el apalizado Kaj. Era baja para ser de su misma edad, pero su carácter era determinante y resolutivo.

«No cabría esperar otra cosa de la hija del alcalde», pensó.

«Bueno, por otra parte su hermano y primogénito de la familia es un lerdo homicida», resonó sarcástica la voz de su abuelo en su cráneo.

Jasón frunció el ceño queriendo alejar esa idea, mientras observaba aproximarse a Lizeth y a una anciana con los cabellos cenicientos peinados con pulcritud y recogidos en una trenza que le llegaba hasta casi

la mitad de la espalda.

—Puñetas, se ha traído a su abuela, la bruja. —dijo Torben por lo bajo, ganándose un discreto golpe de advertencia en la pierna por parte de Jasón.

—Calla. Eres más sensato que eso. —Le exhortó mientras se levantaba para saludar a las recién llegadas.

Kaj los observaba interactuar en silencio, pero sin perder detalle.

«Es un líder. Y no creo que lo sepa. No se puede negar que la sangre del este corre con fuerza por sus venas. Y está aquí tan fuera de lugar como yo. Hasta su nombre es exótico por estos lares, dicen que impuesto por su abuelo. ¿Sabrá que su familia aún es la comidilla del pueblo, que apenas si les tienen un poco más de aprecio que a mí?», se preguntó mientras lo escuchaba hablar con la anciana, entregando un informe preciso, corto y rápido, como el de un soldado de avanzadilla.

La mujer se inclinó sobre él, contemplándole con unos enormes ojos violáceos.

«Tienen un ribete dorado», advirtió maravillado, consciente de repente del aroma a limón y miel que aquellas manos, arrugadas pero suaves, desprendían mientras le examinaban con la minuciosidad que da la práctica.

—Señora —dijo sin poder evitarlo—, tuvo que ser en verdad hermosa. Aún lo es.

—¡Pero bueno! —Le sacudió una patada Torben en un tobillo —¿no tienes modales o vergüenza o ...algo?

Jasón se había apartado de la escena, riendo sin poder evitarlo.

Lizeth estaba roja hasta la raíz de los cabellos, con los mofletes hinchidos con una réplica que no llegó a expresar.

—Me llamo Gjerta, jovencito de lengua vivaz. No te muevas. —Y le retorció la nariz, que crujió entre sus dedos.

—¡Buuuuf! —exclamó Kaj inclinándose hacia delante de forma automática.

—¡Ughh! —gruñó, ahora por el dolor de costillas, recuperando la posición original, recostado contra el árbol.

—Aún no he acabado —informó Gjerta sacando un frasquito con algún tipo de ungüento—. Ayudarle a desnudar el torso, debo atender esas costillas rotas.

Apenas media hora después, Kaj descansaba sobre la hierba a la sombra del enorme tejo que los cobijaba. Tenía el rostro limpio de sangre y algo menos hinchado. Un vendaje le cubría parte del pecho y el hombro izquierdo.

La mujer se estaba lavando con tranquilidad las manos en el arroyo cuando los chicos se sentaron alrededor del muchacho herido. Gjerta lo advirtió por el rabillo del ojo y asintió satisfecha.

«Bonita colección de ejemplares atípicos has reunido, Lizeth».

Se dio la vuelta para verlos bien, mientras secaba sus manos en la falda.

«La mano del destino está obrando aquí algo que aún no veo. ¿Por qué si no reuniría a lo poco de auténtico valor que resta en la localidad?», meditaba.

Le devolvieron la mirada, no con descaro ni insolencia, sino con genuina curiosidad.

—Lo único de valor y los únicos con valor, por lo que parece. —comentó en voz alta, confundiendo a los chicos.

—¿Cómo? —preguntó Torben rascándose la barbilla.

—Lizeth me ha contado lo ocurrido con Kurt. Lo lamento, pero mentiría si dijera que me sorprende. Si acaso, que haya tardado tanto tiempo en revelar su auténtica personalidad.

—¿Abuela? —Se sorprendió Lizeth, poniéndose en pie.

—Es la verdad, pequeña. La sangre de los varones de mi casa está corrupta por la ira o por la codicia. En ocasiones, por ambas. Como tu padre.

Aquello escandalizó tanto a la chica como a Torben. Kaj fingía dormir y Jasón, como de costumbre, guardaba sus pensamientos para sí.

La mujer alzó las manos, conciliadora:

—No por no querer ver algo, deja de estar ahí, hija mía. Y lo sabes. Tu madre era la única que traía cordura a su mundo... y la perdimos hace

mucho.

Kaj abrió un ojo para observar el rostro de la chica, ensombrecido de repente al evocar el recuerdo de su madre.

«Duele, lo sé».

—Haríais bien en guardaros de ambos en el futuro —continuó Gjerta—. La civilización es en su caso una débil pátina que se les desprende sin dificultad llegado el momento.

—Pero... —Aún se opuso Torben —, el alcalde es el jefe. Dicta la ley.

—Ejerce la ley —puntualizó la anciana—, pero no la justicia. La ley sin justicia no es más que un paraje árido e inhóspito donde tan solo las alimañas prosperan.

—Me gusta usted. —dijo Kaj sin moverse, mordisqueando una brizna de hierba que se había desprendido del cabello de Lizeth.

«Aroma de violetas», pensó el muchacho sin saber por qué. Estaba un poco extrañado con todo esto. Rara vez se permitía dejarse invadir por sentimientos cálidos, fueran del tipo que fueran. Y sin embargo, allí estaba.

La mujer rio con una risa abierta y franca.

—Y tú me gustas a mí, Bartram. No te sorprendas tanto, hijo de Gudrun. He asistido todos vuestros nacimientos y azotado vuestras blancas nalgas antes que nadie. Por supuesto que sé tu nombre.

—Que imagen tan extraña es esa. —confesó Torben en voz alta, provocando las risas de los demás.

—Bartram es un nombre poderoso. —dijo Lizeth contemplando al chico extendido en la hierba. Éste se había incorporado por un segundo, sorprendido de escuchar su verdadero nombre y el de su madre, pero el dolor le había rendido de nuevo, obligándole a recostarse.

—Sí, sí... mírame. —rio el chico. Pero de repente, su gesto mudó por otro más serio y alerta. Todos los jóvenes lo hicieron, mirándose entre sí extrañados e incómodos.

Una sensación como de mariposas de alas afiladas se instaló en el vientre de la anciana.

«El destino ha cerrado su trampa y mi única nieta se ha metido en ella por

su propio pie».

—¿Qué sucede? —preguntó con voz queda.

—Campanas. —dijo Torben, erguido y cubriéndose los ojos del sol con las manos, dando vueltas sobre sí mismo.

—Sí, pero no sé de dónde procede el sonido. —añadió Jasón con la voz más ronca de lo normal.

—Del norte —Afirmó Kaj sin alzar demasiado la voz—. Se escuchan desde el norte.

—No hay nadie en el norte —Le discutió Torben intranquilo—. Nosotros somos el norte.

—Además —añadió Jasón —, el viento sopla del oeste.

—Es el norte. Bartram dice la verdad. —Se dejó oír la voz de la anciana, repentinamente quebradiza.

Todos se volvieron hacia ella. La mujer temblaba y lloraba.

—El norte llama, yo también lo escucho ya. Ronda baja la niebla por las laderas, cubriendo el bosque.

—¿Abuela?, ¿qué ocurre?, ¿qué significa? —suplicó Lizeth, asustada.

Gjerta se enjugó las lágrimas con el extremo de una manga, la mirada perdida a lo lejos.

—Este año no han venido extranjeros, nadie se ha perdido por nuestros bosques y en consecuencia el diezmo se ha retrasado. Es un aviso, para quien sepa escuchar. —dijo reaccionando al fin. Su mirada se aclaró y los invitó a sentarse de nuevo.

—Escuchad mis palabras y no las olvidéis, pues la vida os puede ir en ello. Voy a contaros una historia. Vieja, pero no demasiado.

«Vino con la niebla y el frío. Del norte. Y trajo la muerte con él».

Capítulo 4

TODO AQUELLO QUE NO SOMOS

T

orben volvió a gruñir y antes incluso de que abriera la boca, la frente de Jasón golpeó en tierra varias veces en un obvio gesto de frustración y cansancio.

—Vuelve a decirme por qué estamos aquí, tendidos cuan largo somos sobre el suelo helado o agazapados como ladrones detrás de los árboles, espiando a los vecinos. —dijo el aprendiz de herrero.

«Desde luego, cuando Torben no ve algo claro no le importa hacértelo saber... una y otra y otra vez», pensó.

Kaj (¿o quizá debería llamarlo Bartram a partir de ahora?), se rio bajito a su lado.

—¿Siempre es así? —Le susurró—. Es casi como verlo trabajar en la herrería, alzando esa enorme maza sin descanso, golpeando el metal hasta que lo ablanda.

«No lo podrías haber descrito mejor», asintió en su interior Jasón. Torben era leal, inteligente y buena persona. Pero también tozudo como una mula vieja cuando algo no encajaba en su visión del mundo.

Sin embargo, y viendo enrojecer el rostro de su amigo ante el comentario de Kaj, intervino para evitar que se iniciara una discusión inoportuna.

—Escucha —dijo en tono tranquilizador—Mira hacia el pueblo, colina abajo. ¿No hay nada que capte tu atención?, ¿algo fuera de lo normal?

Torben frunció el ceño, mirando en la dirección que se le indicaba. Kaj, situado entre ambos, asintió a Jasón en silencio.

«Él también se ha percatado. Por mucho que duela o que prefiramos ignorarlo, la historia que nos contó la abuela tiene visos de autenticidad. Algo está cocándose en el pueblo ahora mismo. Y la familia que reside aquí, en lo alto de la colina, es el foco».

Torben continuaba observando y, por experiencia, sabía que se tomaría su tiempo en contestar. Así que se volvió hacia la pequeña Lizeth, sentada de espaldas a ellos y semioculta tras un árbol.

La vio retorcerse las manos, presa de una silenciosa ansiedad.

Se desplazó hacia ella arrastrándose, separándose de los otros dos, y le preguntó:

—¿Estás bien?

—¿Lo estarías tú? —Le contestó sin mirarle—. Si tu abuela te contase una historia de terror, casi una confesión de crímenes que convierte a tu padre en un maníaco homicida... ¿Estarías bien?

Ahora sí, le miró a la cara. Tenía los ojos rojos de llanto y ellos ni siquiera lo habían notado. La habían dejado sola, rumiando con su dolor y su culpabilidad. Sin pensar en todo lo que aquello implicaba para ella.

«Para todos en realidad. Atañe a todo el pueblo. Pero es cierto que para ella es el bocado más amargo de todos».

—No lo sé. Mi padre y yo tenemos una relación... complicada —Se sinceró Jasón por primera vez en mucho tiempo—. La mayor parte del tiempo se limita a tolerarme y el resto me mira de una forma que no sé cómo interpretar.

«¿Seguro?, ¿de veras?», susurró la voz de su abuelo en algún rincón de su psique.

—Pero sí —continuó, ignorando la voz—. Dolería y daría mucho miedo al mismo tiempo.

La chica miró hacia arriba, aspirando el aire con fuerza antes de hablar.

—No hago más que rezar para que no sea así —dijo—. Para que estemos perdiendo el tiempo aquí, como niños pequeños jugando a las aventuras, pero...

—Pero sientes que todo es real —Se dejó oír la voz de Kaj, casi un murmullo—. Venid los dos, Torben quiere decir algo.

Un relámpago de terror se asomó a los ojos de la chica, pero Jasón la cogió de la mano y la guió hacia donde estaban los otros dos. Ahora los cuatro estaban tendidos en el suelo, a cubierto tras la hojarasca otoñal.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jasón.

Torben se humedeció los labios con la lengua antes de hablar. Su lenguaje corporal había cambiado. La cerrazón de antes había dejado paso al desasosiego.

—Ya había notado que el bullicio era mucho menor que de costumbre y que a los niños los había metido en las casas. Pero pensaba que era debido a la niebla tan extraña que se está acercando. —dijo éste señalando a las cercanas laderas, ya casi invisibles, donde apenas los árboles más altos lograban mostrar sus copas.

—Pero el lavadero está aquí al lado y todavía tiene mucha ropa tendida en él. Cualquiera mujer en su sano juicio la hubiera retirado ya para evitar que la niebla la vuelva a empapar, pero no ha subido ninguna. —Se detuvo, como ponderando de nuevo sus palabras.

—Diles lo de las ventanas. —Lo empujó kaj, comprendiendo su reticencia.

—¿Qué pasa con las ventanas? —preguntó Lizeth.

—Están poniendo velas, candiles, o yo qué sé. Se han ido iluminando una a una desde que comenzó a oscurecer, casi siempre en la planta más alta. Como si desearan que fueran visibles desde la distancia. Pero es pronto, aún hay luz y las velas y aceites cada vez son más difíciles de conseguir en estos días. ¿Quién malgasta velas si dispone de un buen fuego en la chimenea? —Acabó preguntándose Torben en voz alta.

Jasón miró a Kaj, que se mantenía erguido con gran esfuerzo sobre los codos, vigilando el pueblo. Todo cuanto había desgranado Torben, ya lo habían advertido ambos hacía rato.

—Hace rato que los veo, moviéndose de casa en casa. Una docena de personas cubiertas con capuchas oscuras. Es a su paso cuando las luces se encienden. Imagino que es una señal para el resto de los familiares y vecinos. De que están bien y han superado el sorteo. —suspiró Kaj, volviendo a tumbarse. Estaba sudando. Mantener aquella posición con el estado actual de sus costillas era un esfuerzo espantoso.

—Creo que mi casa fue la primera que visitaron, porque las luces comenzaron a prender en el extremo opuesto del pueblo. Desde entonces, han ido avanzando en esta dirección —explicó Jasón—. Estoy convencido de que acabarán viniendo aquí arriba. Están dejando a esta familia para el final.

Torben guardó silencio, con los puños apretados. Lizeth dejó escapar un sollozo.

—Es cierto todo cuanto dijo su abuela. —dijo el aprendiz de herrero realizando un signo contra el mal de ojo. Jasón se sorprendió. Era la primera vez que veía a su amigo resbalar en la ciénaga de los prejuicios de aquella forma. Si era supersticioso, jamás se lo había demostrado.

«Tienes que comprenderle. Su percepción del mundo, de su orden y posición en él se han trastocado sin remedio. Es normal que busque consuelo o protección en rituales comúnmente aceptados por todos. ¿Acaso Lizeth no estaba rezando no se sabe a qué deidad?»

Jasón sacudió la cabeza, molesto consigo mismo. Ese juego mental, ese «*desdoblamiento*» por llamarlo de alguna manera, le había ayudado a

sentirse cerca de su abuelo después de su muerte. Pero ahora lo estaba llevando demasiado lejos. La voz venía cada vez con mayor facilidad y comenzaba a costarle reconocerse a sí mismo en ella.

—Mi abuela no mentía. Ojalá lo hubiera hecho —contestó Lizeth a Torben, sacando a Jasón de sus pensamientos—. Que vengan a esta casa en último lugar, lo demuestra.

—El sorteo para el sacrificio está amañado. El alcalde —dijo Kaj evitando de forma deliberada usar la palabra «padre»—, escoge las víctimas a dedo junto con su camarilla de fieles. Gjerta ya sabía que vendrían a por el hijo del cabrero.

—«Devora el pueblo poco a poco, de un mordisco cada vez y siempre por los bordes. Por eso la mayoría se ha trasladado al centro de la población, ocupando las casas vacías de los que marcharon cuando todo esto comenzó. Nadie habla de ello, pero la gente intuye una pauta y trata de apartarse de su camino. No les servirá de nada a la larga». —repitió Lizeth las palabras de su abuela.

—Esa cosa de las montañas exigirá sangre, pero no cabe duda de que la alcaldía le está sacando partido a la situación. Los terrenos y propiedades sin herederos pasan a estar bajo su poder. Abandonar tus tierras familiares y moverte al pueblo acabará por no servir de nada. Elige a las familias de la periferia porque son los residentes más antiguos de la zona, los que ostentan un oficio y tienen mayor peso en la comunidad. —opinó Jasón, sombrío.

—Está eliminando a la competencia, sí —respondió Kaj volviéndose hacia él de repente—. ¿Tu padre no tiene voto en la asamblea?

—Eso mismo estaba pensando yo. —confesó Torben, preocupado.

Jasón asintió. Él ya había echado sus cuentas, y no eran buenas en absoluto.

—Heredó ese derecho de mi abuelo. Y para mí solo significa una cosa... —dejó la frase en suspenso porque no era necesario añadir nada más.

Quedaron en silencio y cabizbajos, hasta que la comitiva ascendió por la colina y rodeó la vivienda. Uno de los encapuchados cedió su antorcha a uno de sus compañeros para que la sostuviera, y llamó a la puerta. Abrió un muchacho rubio de pelo revuelto, que se sorprendió al ver quiénes eran, pero no tardó en regresar al interior arrastrado por su madre. En la puerta asomó un hombre menudo y curtido por las incontables horas de vigilia junto a los rebaños, al que entregaron algo que observó con aprensión durante unos segundos, para acabar arrojándolo lejos, como si quemara. Después escupió al suelo frente a los pies del que le había dado

el objeto y se introdujo en la casa, cerrando de un portazo.

Algunos de los encapuchados se soliviantaron con el gesto e hicieron ademán de ir a derribar la puerta, pero el que estaba al frente alzó una mano y los detuvo.

Lizeth reconoció el tono grave de la voz de su padre cuando lo escuchó hablar en voz alta, dirigiéndose a los ocupantes del edificio y, al mismo tiempo, a sus compañeros:

—No importa, lo comprendo. Pero al amanecer del tercer día a partir de ahora regresaremos a por el muchacho y acataréis la ley. O toda vuestra familia afrontará las consecuencias. El bien de muchos está por encima del futuro de unos pocos. Así se decidió.

Nadie respondió desde el interior y el grupo de hombres comenzó a desfilarse camino abajo, regresando a sus casas.

Torben se puso en pie cuando estuvo seguro de que la distancia y la oscuridad eran más que suficientes y dijo:

—Vamos a vigilar al chico del cabrero por turnos. Debemos de averiguar cuándo y a dónde lo llevarán y seguirlos. Hay que enterarse de qué ocurre, a qué tipo de ser nos enfrentamos capaz de amedrentar hasta este punto a una población entera.

—Torben... —Comenzó a decir Jasón.

—¡No! —Le apuntó éste con un dedo—. Te conozco, y sé que estás planeando hacerlo tú solo, maldito sea tu abuelo y todas esas historias de héroes y guerreros que te ha metido en la cabeza. Esta vez haremos las cosas a mi manera porque esto nos atañe a todos y tarde o temprano nos alcanzará.

Se le rompió la voz en ese momento y enfurecido consigo mismo se enjugó las lágrimas de rabia, frustración y miedo con una mano que era un puño cerrado:

—Porque el próximo eres tú casi seguro, puñetero idiota.

□ • □

Jasón se detuvo sólo tras haber penetrado varios cientos de metros en la espesura del bosque. Los primeros copos de nieve llegaron sin previo aviso, como una nube de dientes de león de tamaño diminuto que insistían en chocar los unos con los otros. Miró hacia atrás al tiempo que se ocultaba tras un vetusto árbol de corteza gris y contuvo la respiración,

expectante.

«Creo que los he burlado. Al menos de momento», pensó aliviado al ver que nadie salía del pueblo en su persecución.

Había estado inmerso en sus recuerdos con tal intensidad que había cumplimentado la distancia que separaba su casa del bosque a más velocidad de la pretendida y sin ser consciente de ello.

«El hijo del cabrero. Clemens era su nombre. Ya parece que ha pasado una eternidad desde aquello».

Aguardó un poco más, solo para estar seguro, pero nada ni nadie se movía dentro de su rango de visión, así que comenzó a correr sin esforzarse demasiado. Buscando poner distancia entre él y un eventual perseguidor, pero sin agotarse en el proceso. Sus muchos días de trampero y cazador le habían acostumbrado a las largas marchas y al paso vivo mientras perseguía a sus presas. Sin embargo, ahora debía adaptarse a su nueva equipación y moverse con la cota de malla y la espada en la cintura exigía encontrar una nueva forma de avanzar; casi de caminar.

Atacó con decisión la primera cuesta, buscando pisar siempre sobre el terreno más rocoso posible a fin de minimizar el rastro que iba dejando atrás, dirigiéndose en dirección al este en línea recta.

«Creerán que trato de huir presa del pánico. Sin agua, sin víveres. Solo con mi desesperación a cuestas», pensaba mientras alzaba la cabeza para examinar la cada vez más cercana montaña.

«Para cuando se den cuenta de que he tomado la ruta que bordea el valle, la nieve ya habrá cubierto mi rastro y estaremos marchando rumbo al norte».

«A matar a un Dios».

□ • □

Jantzen, el padre de Jasón, contemplaba la distancia que mediaba entre el cobertizo donde guardaba las trampas y su casa, con la tensa incertidumbre del que debe cruzar una ciénaga y teme perder pie.

Exhaló con lentitud y comenzó a avanzar despacio mientras la nieve se acumulaba en el suelo y el blanco se apoderaba del paisaje.

Alzó su mirada hacia las montañas que rodeaban el valle donde se encontraban. Un manto oscuro de gris estriado se extendía ocultando las altas cumbres. Pronto tendrían que encerrarse en sus casas y rogar

porque no se prolongara demasiado.

—No habrá suerte —dijo entre dientes—, la primera borrasca del invierno y promete ser descomunal.

Entró sin saludar, como de costumbre. No era un hombre de muchas palabras y su mujer ya lo sabía cuándo aceptó su propuesta de matrimonio. Sus silencios siempre habían sido entre ellos dos tan elocuentes como un beso o una caricia en otra pareja.

Pero hoy el mutismo y la espalda de su esposa, inmersa en apariencia en la tarea de limpiar pescado, le incomodó hasta tal punto que tuvo que hablar; decir algo, lo que fuera.

—Ha comenzado a nevar —Comenzó con voz ronca, dudando si sentarse o continuar de pie... quizá acercarse a ella—. Esperemos que no sea como la del año en que nacieron los pequeños. Si se congela de nuevo el mar en el estrecho, hasta el pescado comenzará a escasear.

Estaba sudando frío y no comprendía muy bien a qué era debido. Necesitaba hacer algo.

—Mejor comprobamos las provisiones que tenemos aquí. —Estaba diciendo, cuando su mujer, Bergitte, le interrumpió.

—Calla. Basta. —espetó sin volverse. Las escamas del pescado saltaban como pedacitos de hielo a su alrededor, tal era su furia manejando el cuchillo.

—¿Te oyes?, ¿te estás escuchando? —Iba alzando la voz conforme hablaba.

—Mujer... —Fue lo único que supo decir, cogido por sorpresa por una tormenta que no esperaba.

—No has preguntado ni una sola vez por tu hijo. —Se volvió hacia él, acusándole con la punta del cuchillo.

Cierto, no lo había hecho pese a que sus ojos iban sin querer, una y otra vez, escaleras arriba. Aguardando a verlo salir de su cuarto. Temiendo ese momento.

Ahora, las palabras de su mujer borraron de un plumazo esos temores, solo para sustituirlos por un miedo mayor.

—¿Dónde está el chico? —Se rehízo, avanzando un paso hacia su esposa,

ignorando el cuchillo extendido hacia él.

—¿Qué te importa? —Contestó ella después de un prolongado silencio. Bajó el cuchillo despacio, sin apartar su mirada rota del hombre en el que ya no reconocía a su marido. ¿Se reconocía ella, acaso?

—Importa. Y lo sabes. —Trató de sonar firme y severo, tal y como se esperaba de él en estas circunstancias, pero identificó el timbre de la duda en su propio tono.

—Yo nunca estuve de acuerdo con esto. —susurró ella, dándose la vuelta y dejando el cuchillo junto al pescado.

Bergitte apoyó las dos manos sobre la tarima y agachó la cabeza al tiempo que encorbaba la espalda.

Jantzen contuvo el impulso de ir a masajearle la columna, como tantas veces, para aliviar los dolores que sufría desde hacía años. No podía relajarse ni dejar caer su máscara, había demasiado en juego.

—Saldré a buscarlo y lo traeré de vuelta antes de que alguien en el pueblo advierta su ausencia.

—¿Por qué... ¿por qué no nos fuimos? —Lo encaró ella de repente sujetándole por las solapas del abrigo—. Irnos como los otros.

Jantzen no contestó mientras sujetaba las manos de su mujer para obligarla a soltarle.

Algo tuvo que ver en su rostro que le hizo comprender sus permanentes silencios sobre el tema, porque vio nacer un nuevo terror en sus pupilas conforme se separaba de él.

—No puede ser... —susurró horrorizada.

El hombre salió fuera y de inmediato su cabello y hombros se cubrieron de diminutos copos de nieve. Comenzó a alejarse, imaginado la ruta de huida escogida por su hijo.

—¡No es tu padre! —gritó detrás de él su mujer.

«No, pero tiene su misma mirada. Una censura, un desacuerdo que no necesita ser expresado...», pensaba.

«Hay pedernal tras esa mirada. Y la temo».

Bergitte, contemplando su espalda mientras marchaba y con los puños

apretados de impotencia, dijo tragándose las lágrimas:

—Que ni tu miedo ni tus prejuicios guíen tu mano, Jantzen de los llanos del sur. O jamás volveré a mirarte a la cara.

Capítulo 5

ATARDECER SANGRIENTO

J

asón se acercó al arroyo y sumergió una mano en el agua helada para después acercársela a los labios. Era una forma muy poco eficiente de saciar la sed pero inclinarse sobre la corriente y beber directamente de la misma equivalía a quedar privado del oído por unos instantes. Y no quería que le cogieran por sorpresa.

El caudal era mayor de lo que esperaba, lo que significaba que en las cumbres la tormenta había estado descargando lluvia antes de comenzar a nevar, cosa que en ese momento hacía con gran intensidad. Al menos eso disipaba su temor a que la nieve no cuajase y el terreno se convirtiera en un barrizal. Si hubiera llegado a pasar, cubrir sus huellas se habría convertido en una misión casi imposible.

Observó el lecho del arroyo, una torrentera en realidad, y decidió que el hecho de que bajara tan crecido era una gran suerte.

—Y la suerte hay que aprovecharla. —dijo introduciéndose en el agua. Avanzaría más lento y después le picarían los pies como el demonio debido al calzado mojado, pero el lecho del riachuelo sin apenas sedimentos y la rápida corriente, harían desaparecer su rastro en poco tiempo.

«No es la primera vez que huyo por mi vida, la verdad», pensó.

Y su mente comenzó a remontarse de nuevo a casi dos años atrás, cuando él y sus amigos encontraron al fin respuestas a tantas y tantas cosas, pero sin embargo la más importante de ellas les esquivó y casi les provoca la muerte.

□ • □

La familia del cabrero había intentado huir. Torben se presentó a media tarde para sacarlo de su casa y se lo contó.

—Fue anoche, aprovechando la luna nueva. Se escabulleron uno a uno para no llamar la atención, fingiendo atender al ganado, pero el alcalde tenía hombres apostados alrededor de la casa y siempre estuvo al tanto.

Los dejó marchar por la quebrada del noroeste y aguardó hasta que se reunieron todos y se creyeran a salvo para caer sobre ellos.

—¿Cómo lo sabes? No íbamos a comenzar a vigilarlos hasta esta noche —dijo Jasón caminando a su lado con rapidez—. ¿Te quedaste tú?

Torben se sonrojó un poco y contestó:

—Lo pensé, pero no esperaba que intentaran escapar la misma noche. Ha sido Lizeth la que escuchó una conversación de su padre esta mañana.

—Ahora palideció mientras se humedecía los labios para continuar—. Se jactaba de romper las piernas al cabrero y de «haberle dado una lección que no olvidaría jamás», a su mujer.

El rostro de Jasón se tensó ante las implicaciones que encerraba la frase. Torben casi escuchó el golpe seco de su mandíbula al encajarse con fuerza.

—Esto no puede estar pasando. ¿Se le ha ido la cabeza a esta gente?, ¿no les queda un resquicio de decencia o piedad? —exclamó Jasón enfurecido.

—¿Y el chico? —inquirió.

—Apalizado, pero vivo —respondió Lizeth surgiendo de detrás de un árbol a un costado del camino de ascenso a la colina—. Ahora mismo lo están arrastrando hacia el norte, de camino a lo que han llamado el «arco de otro mundo». No sé cierto qué lugar es ése.

—Yo sí —dijo con suavidad Kaj que hasta entonces había permanecido oculto y en silencio detrás del mismo árbol del que había salido Lizeth—. Conozco bien el sitio.

Jasón no tuvo que pensarlo mucho antes de decir:

—Llévame allí.

Kaj asintió, comenzando a caminar colina arriba y Jasón se movió detrás de él. Concentrado en sus pensamientos funestos producto de la ira que lo embargaba, no advirtió la presencia de Lizeth y Torben caminando detrás de él hasta que entraron en el bosque más allá de las propiedades del cabrero.

—¿A dónde vais? —Comenzó a protestar. Aquello era algo que le atañía a él en exclusiva. Al fin y al cabo de seguro era el próximo sacrificio. No hubiera siquiera involucrado a Kaj de haberle sido conocido el camino. Sus correrías con su padre jamás le habían llevado al norte de la aldea. Ahora

comenzaba a entender por qué el trampero evitaba aquella zona.

—No sé, ¿a dónde creéis que vais sin nosotros? —Le contestó con sequedad Lizeth, envuelta en una capa negra como la noche, mientras pasaba por su lado sin mirarlo. Torben se limitó a mover la cabeza, pero su mirada indicaba que estaba furioso.

—Es peligroso —protestó Jasón, devanándose los sesos por encontrar argumentos que los disuadieran.

—Faltas al respeto a tus compañeros y amigos —dijo Torben zanjando la discusión y dejándole también atrás. Solo con sus temores y su creciente preocupación por ellos.

□ • □

El puño descendió y el impacto sobre el rostro del muchacho lo dejó semiinconsciente y gimoteando, colgando de las ataduras de sus muñecas.

—Maldición, chico —gritó el hombre que lo había golpeado —. Te dije que cesaras en tu llanto. No me obligues a cortarte la lengua.

Soren era enorme como un oso, con una poblada y mugrienta barba que contrastaba con la ausencia de cabello y con brazos que tenían el aspecto de gruesas ramas de roble. Su simple presencia intimidaba a cualquiera, pero estaba sudando y nervioso.

Sus compañeros hacía rato que tomaron el camino de regreso al pueblo, dejándolo atrás para que cuidara de que «*la ofrenda*» se entregara sin novedad.

«*Ese maldito de Anker debe de tener las monedas lastradas, no me lo explico*», pensaba con furia. Se habían jugado a suertes la permanencia en aquel lugar impío y su fortuna había decidido esa tarde tomarse un descanso. Perdió en todas las ocasiones y contra todos sus compañeros de forma tan estrepitosa, que hasta bromearon con la posibilidad de que quizá era a él a quien debían de sacrificar.

Miraba a su alrededor de forma compulsiva, apretando el mango del hacha con tanta fuerza que los nudillos, blancos, parecían ir a saltar de un momento a otro.

Aquellos miserables, aquellos idiotas, eran más jóvenes y no recordaban, como lo hacía él, cuántos hombres y mujeres cayeron enfrentando a aquella cosa. Los inviernos helados, negros y terroríficos previos al acuerdo. Cuando cualquiera podía ser la presa escogida por el espanto

que descendía del norte.

—Agua, por favor —suplicó el muchacho con un hilo de voz, cometiendo el error de volver a atraer su atención.

La ira invadió a Soren que le golpeó, ensañándose con el rostro.

—¡Silencio! Es por tu culpa que me encuentre aquí hoy —Se inclinó hacia el chico, apuntándole con un dedo—. Pero creo que ya he encontrado la forma de cumplir con mis obligaciones sin tener que aguardar a ver cómo esa cosa se te lleva arrastrándote por los cabellos.

Alzó el hacha con ambas manos y descargó un tremendo golpe con la parte posterior del mango sobre la rodilla izquierda del joven. El consiguiente alarido y el crujido sordo del hueso al astillarse, lo llenaron de una extraña mezcla de placer y alivio.

—Así, aunque cediesen las ligaduras no llegarías muy lejos.

Alargó el brazo y volvió a tañer la pequeña campana de bronce que colgaba en un lateral de la extraña estructura en forma de pórtico.

Lo llamaban arco, puerta, pero en realidad era casi un círculo perfecto de metal pulido que surgía de la tierra en el centro del claro del bosque. Cubierto de intrincados dibujos e inscripciones que nadie había logrado identificar o entender, todo en él parecía ajeno al ámbito humano. Cuando rozabas su superficie por accidente, sentías dolor; una descarga y un zumbido que recorría el cuerpo de arriba a abajo, como si escapara por los pies. Tocar la campana provocaba casi la misma sensación pese a ser un añadido realizado décadas atrás con el único objetivo de anunciar la presencia del sacrificio. No siendo capaces de perforar el extraño metal, la sujetaron al mismo con cuerda y madera que cambiaban cada invierno.

Soren se frotó la mano contra el pantalón, incómodo. Estuvo muy próximo a perder el control, de manifestar puro terror cuando advirtió que la niebla se había adueñado de los márgenes más alejados del claro. ¿Cómo no se había dado cuenta?

—¿Quién anda ahí? —preguntó al aire. Le había parecido ver un rostro detrás suyo, en el linde del bosque. Cerca del camino de regreso. Casi le había parecido reconocerlo, pero...

El alboroto de una bandada de grajos alzando el vuelo de forma repentina atrajo de nuevo su mirada al extremo contrario del terreno. Los vio elevarse como una nube de moscas, graznando al cielo su estridente disgusto; lejos aún de donde se encontraban pero no era hombre que

dejase de atender las señales. Y esa era una mala.

—Ya viene, chico. Tu destino se cierne bajo un manto de niebla y humedad, pero yo no me quedaré a verlo. —Fue su despedida.

Cruzó el espacio de hierba alta que mediaba entre el arco y el sendero de regreso al pueblo casi a la carrera y poco después se perdía de vista.

Una cabeza se alzó tras un arbusto y lo siguió con la mirada.

—Ha marchado. Y no creo que vuelva —anunció kaj, con la voz tensa y los labios apretados en una fina línea. Si los demás no le hubieran sujetado, habría intentado hace rato socorrer al hijo del cabrero. Contemplar inerte como lo torturaba aquel energúmeno le había removido tantas cosas por dentro, que casi se sentía enfermo.

«Bueno, lo estoy. Tengo mis buenos cardenales y contusiones para justificar esta sensación de estar hecho de pasta de boniato»

Lizeth y Torben ya corrían en dirección al arco pero Jasón, adivinando sus pensamientos, se quedó junto a él y le dijo:

—No hubieras podido hacer nada. —Extendió las manos con las palmas vacías hacia arriba mientras hablaba—. No hemos venido armados.

—Eso es algo que pienso cambiar de ahora en adelante, te lo aseguro —contestó Kaj marchando tras los otros dos.

—Todos deberíamos, me temo —respondió Jasón al cabo de un instante. Pero ya no había nadie cerca para escucharle, así que emprendió la marcha detrás del huérfano. Sin prisa, atento al aire y sus olores, sonidos o cualquier indicio de peligro. Estaba incómodo y fuera de su papel.

«De normal, el que acecha escondido soy yo. Esta sensación ominosa, casi de catástrofe inevitable, me hace lento y demasiado cauto», pensó.

—Así no soy útil. —masculló entre dientes.

«Te tenía por más inteligente, jovencito. Acalla la justa ira que corre por tus venas y que no embote tus sentidos. Es tu instinto de cazador el que anda advirtiéndote del peligro, ¡no pretendas ignorar lo que te ha llevado años desarrollar!», le reprendió con dureza la voz de su abuelo.

Esta vez no luchó contra ella y se limitó a observar cómo trataban de liberar al chico, pero, sobre todo, pugnaba por penetrar en la niebla cada vez más espesa que comenzaba a extenderse desde el lado norte del claro, amenazando con engullirlo por completo. Era demasiado consciente del silencio de los pájaros e incluso de su falta de movimiento entre las

ramas. Imaginaba a los que no habían huido como los grajos de antes, acurrucados entre sí tratando con desesperación de pasar desapercibidos ante lo que en la mente de Jasón se representaba como un enorme y desconocido depredador.

«Reaccionan como nosotros, como la gente del pueblo. Animales, a esto nos hemos reducido».

Entonces lo vio, de pie, al otro lado.

Alto y fornido como jamás había conocido a nadie. Con la piel blanca como el alabastro y apenas cubierto por un taparrabos de piel oscura. Un casco de metal abollado adornado con dos cuernos que apuntaban adelante y abajo trataba de ocultar sus facciones, pero en opinión de Jasón se podría haber ahorrado el esfuerzo...

...porque no tenía rostro.

□ • □

—Bajadle, bajadle. —repetía Lizeth una y otra vez mientras sujetaba el rostro del chico entre sus manos. Lo tenía magullado e hinchándose por momentos y sus ojos la miraban sin ver. Un espejo vidrioso donde contemplar su propio rostro demudado por la angustia y la culpabilidad.

Torben se afanaba en desatar los nudos, pero eran los dedos finos y ágiles de Kaj los que conseguían desenredarlos.

—¡Cuidado! —advirtió el aprendiz de herrero, pero ya era tarde. El cabrero se había desplomado como un fardo sobre la chica en cuanto dejaron de sostenerle las cuerdas en sus muñecas.

Kaj se inclinó también sobre ella pese al dolor en su pecho y ayudó a Torben a apartar el cuerpo inerte a un lado.

Lizeth resoplaba, encarnada. El rostro del cabrero había estado apoyado contra sus pechos durante unos momentos en los que fue repentina y sorpresivamente consciente de estos. Se dio cuenta de que hasta entonces no había pensado en sí misma como una mujer casi desarrollada. Por alguna razón el rostro de Kaj quedó encajado en su línea visual, muy cerca de ella, y aún se puso más roja.

—Le ha destrozado la pierna. —informó este, ignorante del escrutinio al que estaba siendo sometido.

—Despierta, eh, chico. Despierta. —Cacheteaba Torben al caído.

—¡No le des tan fuerte, lo pondrás peor! —protestó Lizeth sujetando su brazo.

—Si no conseguimos que despierte, mal estará que salgamos de aquí. Un peso muerto es complicado de trasladar —Se palpó Kaj las costillas —, y yo no estoy en mi mejor momento.

—Tengo que entablillar esa pierna o irá a peor. —sugirió Lizeth.

—No hay tiempo —dijo Jasón detrás de ellos. Estaba pálido como la cera—. He visto a alguien observándonos desde el otro lado del claro.

Sus miradas fueron al unísono hacia aquel punto, pero no vieron nada. Kaj, sin embargo, entrecerró los ojos y Jasón hubiera jurado que mascullaba algo.

—De acuerdo, pues —suspiró Torben cargando sobre su espalda al chico inconsciente como si de un saco de patatas se tratase—. Tomemos el mismo camino que ese cobarde y esperemos que no se haya arrepentido y ande regresando aquí, o nos lo toparemos de cara.

—No creo que lo haga, estaba loco de terror —dijo Kaj, aun oteando el terreno a su alrededor—. No veo a nadie ahora mismo, Jasón.

—Estaba ahí, te lo aseguro. —insistió el trampero.

—No lo dudo, hasta el aire ha cambiado. ¿No lo notáis más pesado?
—preguntó Kaj.

—Pensaba que me costaba respirar por culpa de cargar con éste.
—contestó Torben comenzando a moverse. Lizeth y Kaj lo flanquearon, ayudándole a sostener su carga.

—Vamos, tan rápido como nos sea posible —recomendó Jasón—. Nos turnaremos tú y yo para llevarlo y por el camino pensaremos dónde ocultarlo y ... ¡esperad!

Jasón se adelantó al grupo y se inclinó entre las altas hierbas, cerca de la primera línea del bosque.

Torben alzó un dedo pidiendo silencio ante la mirada interrogante de los otros dos. Conocía de sobra cómo de aguda era la percepción auditiva de su amigo. Algo habría captado por debajo del ruido de fondo del bosque que lo había puesto en guardia.

«*Todo esto es preocupante. Asusta, maldita sea*», se dijo.

Vio a su amigo ponerse en pie después de un largo minuto y le pareció que tenía los hombros un poco más hundidos que antes. El vello se le erizó en los brazos al ver su rostro cuando se volvió hacia ellos.

—Habla —Le conminó—. Aunque maldita sea si me apetece escuchar lo que vas a decir.

Jasón asintió, sombrío.

—Alguien estaba gritando en el bosque, más abajo, en el sendero. Creo que suplicaba por su vida. Después, nada.

—Vayamos por la izquierda, rápido —indicó Kaj—. Hay un camino escarpado que desciende hasta el valle, rodeando la montaña.

Torben no se hizo de rogar, corriendo en aquella dirección con Lizeth pegada a sus talones y pendiente de la respiración del chico desmayado.

Se introdujeron de nuevo en la espesura, guiados por el huérfano a través de un terreno cada vez más salvaje y enmarañado; poco o nada transitado por hombres o animales.

—¿Cómo de escarpada es la ruta? —Le preguntó Jasón colocándose a su lado para ayudarlo a abrir camino—. Nuestra carga puede volverla muy complicada, ¿lo has tenido en cuenta?

—Un problema por vez —respondió el interpelado sudando y con los ojos brillantes, casi febriles por el esfuerzo de mantener el ritmo con dos costillas rotas—. Llegado el momento, quizá haya otra alternativa.

—Jasón, ¿me echas una mano? —llamó Torben un poco más atrás—. Estoy perdiendo asidero y el chico está resbalando poco a poco.

—Creo que tiene fiebre —le informó Lizeth cuando llegó a su lado—. Respira demasiado rápido y ligero y va canturreando algo. Delira.

—No me ayuda el tener esa tonada incesante en los oídos. —protestó Torben. Jasón se colocó a su lado y cogieron al chico cada uno de un brazo. Ahora lo llevaban sujeto entre los dos y de tal guisa, el avance se hacía incluso más complicado.

—¿A dónde nos lleva? —preguntó el aprendiz de herrero señalando con un gesto a la espalda de Kaj, media docena de pasos más adelante.

—Creo que a algún sendero de cabras, por la forma en que habla. Pero

me da la sensación de que no le tiene mucha fe. —respondió Jasón.

—Entonces, ¿por qué llevarnos hacia él? Hay algo en este bosque que me pone los pelos de punta. Y no es tan solo él no conocer el terreno. Hay una sensación, una... —Se interrumpió, buscando las palabras adecuadas.

—Opresión. Cómo si tuvieras a alguien sentado sobre tu pecho. —Acabó la frase Lizeth.

Jasón la contempló de reojo. Él también lo sentía, así como una creciente inquietud que le impulsaba a escudriñar el terreno a un lado y a otro a cada paso.

—Escucha —Le dijo—. Acércate a Kaj y habla con él. Creo que no se encuentra muy bien y es posible que también tenga fiebre. Vigila no sea que nos esté guiando en pleno delirio. Perdernos en este lugar es lo último que necesitamos ahora.

La muchacha asintió, alarmada, y apretó el paso para colocarse a la par que el huérfano.

—¿Qué me tienes que decir que ella no puede escuchar? —Le susurró Torben a Jasón, directo y sin tapujos.

Éste parpadeó.

«*Son muchos años juntos. Me conoce demasiado bien*», suspiró, aliviado hasta cierto punto.

—Creo que nos lleva por este camino pese a estar casi seguro de que es inviable, porque la ruta alternativa aún le preocupa más.

Torben bufó:

—Bueno, después de lo que dijiste en el claro yo también intentaría por todos los medios no regresar por el sendero. No le culpo.

—No —Meneó Jasón la cabeza a un lado y a otro—, me ha dejado entrever que quizá haya otro camino diferente.

—Entonces, malo. Ese chico no es de los que se asustan y gritan lobo porque sí. Tiene más redaños que cerebro según mi forma de pensar.

—Pues yo creo que es el más inteligente de todos nosotros. Capaz de pensar con frialdad en cualquier circunstancia —rebatió Jasón—. Es por eso que si él teme tomar esa ruta, quizá nosotros deberíamos sentir puro

pánico.

Torben no contestó de forma inmediata, sopesando las cosas como solía hacer.

—¿Estamos en un buen lío, no? —dijo al fin—. ¿Has pensado que lo que sea que acuda a la llamada de la campana, no va a dejar que nos llevemos su trofeo así como así?

Ahora fue Jasón el que se tomó tiempo para considerar la respuesta.

—En realidad, estoy convencido de que no —Tenía la boca seca—. Lo que fuera que vi allá atrás, debe de andar entretenida con otro asunto o ya nos habría dado caza.

Por un largo espacio de tiempo continuaron avanzando con lentitud a través de una maleza cada vez más densa. Las enredaderas y las zarzas gozaban de privilegios y lo invadían todo hasta la altura del pecho cuando no trepaban por los troncos de los árboles asfixiando a los más pequeños y robándoles la luz. En algunas partes ni siquiera se atisbaba el cielo.

—¿Qué pasa? —Se alarmó Jasón al ver a Lizeth obligando a Kaj a detenerse.

La muchacha miraba a su alrededor, confundida.

—¿No os habéis dado cuenta? Es de noche ya. —susurró.

Torben alzó una ceja.

—Ya anochece cuando recogimos a nuestro amigo el cantante y, si continuamos plantados aquí, veremos salir la luna también y alguien nos echará en falta en el pueblo y tendremos problemas para explicar en qué andábamos metidos.

Lizeth se giró airada hacia él, con sus ojos verdes lanzando chispas.

—Eres un tarugo, herrero —soltó—. Sé que es de noche, pero mira, resulta que estamos en lo más profundo del bosque y continuamos teniendo luz. No demasiada, pero más que suficiente para ver el camino. ¿De verdad que no lo encuentras extraño?

Torben encogió un poco el cuello ante la apasionada diatriba de Lizeth.

«*Es una caja de sorpresas esta chiquilla*», sonrió Jasón sin poder evitarlo. Sin embargo, tenía razón.

—¿De dónde viene la luz? —dijo mientras observaba a su alrededor con nuevos ojos. Había estado tan inmerso en la huida y en sostener al cabrero, que no había reparado en el fenómeno.

La luz era débil y con un matiz entre verde y azulado. Y no parecía proceder de ningún punto en concreto.

—Procede de las plantas. Sobre todo. —habló al fin Kaj, sentado sobre una piedra recubierta de musgo. Lo vieron arañar la superficie y retirar parte del mismo, que sostuvo entre las manos ahuecadas.

—¿Lo veis?

El musgo brillaba de forma tenue en el interior del espacio que formaban sus manos.

—Por algún motivo, aquí todo resplandece. La tierra y las piedras también. Lo mismo los insectos y demás animales, si es que logras dar con uno. En este bosque son más... —Parecía estar buscando el término más adecuado—. Son más inteligentes que en otros lugares. Extraños.

—Ya tenía la piel de gallina, en serio. No era necesario saber tanto. —murmuró aprensivo Torben. Casi daba la impresión de que, de poder evitarlo, sus pies no rozarían ni el suelo.

—Dejadlo un momento en el suelo y descansad. No falta mucho y el descenso será complicado. Mejor conservamos nuestras fuerzas en lo posible. —aconsejó Kaj.

—Hemos sido demasiado impulsivos viniendo aquí. Desarmados y sin provisiones. —Se lamentó Jasón. Sobre todo porque había sido el incitador a ello.

—Ni siquiera hemos traído agua —dijo Lizeth—. Está ardiendo de fiebre y no tengo nada para aliviársela. Ni compresas frías ni corteza de sauce o cola de caballo para tratar la inflamación.

Jasón echó un vistazo crítico a la vegetación circundante y contestó:

—No hay nada de eso a la vista. Dejaremos las infusiones para después. La pierna es lo que me preocupa.

Mientras hablaba había rasgado el pantalón del cabrero hasta casi la altura del muslo. La rodilla estaba amarilla y hundida por su parte inferior, adquiriendo un tono cárdeno conforme el derrame se extendía.

—Eir sea loada —Se le escapó a Lizeth mientras examinaba la pierna. No lloraba, pero tenía los ojos húmedos y brillantes mientras movía los labios

en silencio.

Nadie dijo nada, pese a que la reputación de bruja de su abuela estaba ahí. Su peso como curandera y partera era mayor en el pueblo que incluso su estatus como madre del alcalde. Quizá fuesen imaginaciones suyas, pero a Jasón le pareció que el chico se relajaba un poco.

—Al menos ha dejado de farfullar —suspiró Torben levantándose—. Busquemos algunas ramas rectas que nos permitan entablillarle la pierna. No queremos acabar de destrozársela mientras lo arrastramos por ahí, saltando matorrales.

—No creo que vuelva a andar. No sin ayuda. —exteriorizó Kaj lo que todos andaban pensando.

—Otra cosa más que agradecer a mi señor padre. —dijo Lizeth, casi para sí.

Al final, lograron improvisar unas parihuelas echando mano de la capa de Lizeth y, estaban instalando en ellas el cuerpo inerte del hijo del cabrero, cuando Kaj se irguió con brusquedad; la mirada fija en el camino que habían dejado atrás.

—Dejamos un rastro que hasta un ciego vería. —Se lamentó Jasón siguiendo su mirada.

—No estaba observando eso —contestó el huérfano con los ojos reducidos a meras rendijas—. La niebla ya ha invadido por completo el sendero que desciende al valle y ahora comienza a extenderse hacia aquí.

Jasón se estremeció recordando al Guerrero Pálido que divisó en el claro.

«Llega siempre con el frío y la niebla», había dicho Gjerta.

—Mi vista no alcanza tan lejos pero si es como dices, entonces es hora de continuar la marcha; tan veloces como seamos capaces y más aún.

—aconsejó dirigiéndose hacia el chico desmayado. Torben ya aguardaba junto a él para izarlo.

—Correremos detrás de ti, todos en silencio. Lizeth, tú a su lado. Ni se os ocurra daros la vuelta para ver si os seguimos. —ordenó Jasón, serio de repente. La voz de su abuelo en su cabeza también le gritaba sus propias advertencias.

—¡Vuela, Bartram! —exclamó Torben de repente, usando el nombre real de Kaj—. Bate tus alas, oh glorioso cuervo, y guíanos a la salvación.

El aludido dudó por un momento, con la boca abierta por la sorpresa. En cualquier otra situación aquello podría haberse tomado como una broma o incluso una burla dirigida contra él, salvo que en ninguno de los tensos rostros de sus compañeros advirtió resquicio alguno de ironía.

Tragó saliva y comenzó a correr, ignorando el dolor y el cansancio. Buscando siempre la ruta más recta y, a la vez, la más cómoda para los dos chicos que llevaban la camilla. Lizeth corría a su lado, con su cara a medio camino entre niña y mujer llena de determinación.

«*Guíanos, Bartram*», resonaba en sus oídos. Hasta el tozudo aprendiz del herrero se había encomendado a él para salir con bien de aquel lugar. Para alguien como él, la amistad suponía disponer de un lujo extraordinario. La confianza, esa era una joya de valor incalculable.

Por eso corrió y saltó, cada vez más rápido, apretando los dientes y tragando su propia sangre. Feliz porque pese al peligro se sentía por primera vez en su vida completo, necesario y humano.

Imaginad lo que sintió cuando, casi a punto de llegar a su destino, la roca que guardaba la entrada al sendero de grava resbaladiza que descendía por aquel lateral de la montaña, se dio de bruces con el cadáver empalado del enorme Soren.

Capítulo 6

EL DESTINO QUE NO QUIERES

F

ue Lizeth la primera en reaccionar, aproximándose al cuerpo ensartado en aquel largo tronco colocado en vertical justo en medio de su camino. Dio una vuelta completa al mismo con el rostro convertido en una máscara inexpresiva de piedra blanca, aunque Jasón advirtió que le temblaba el labio inferior.

—¿Está muerto? —preguntó, sintiéndose ridículo por ello casi de inmediato. Escuchaba a Torben vomitando entre los matorrales, un poco más atrás.

—¿Cómo podría no estarlo? —contestó ella sin mirarle, colocando su mano en el pecho del cadáver—. Está demasiado frío, no es natural.

—¿Acaso es natural morir de esa forma? —dijo Torben conteniendo de nuevo las náuseas por muy poco.

—Lo empalaron después de muerto. El cuerpo se ha desangrado aquí a juzgar por el charco a sus pies. El rastro viene casi perpendicular al

nuestro —dijo Jasón examinando con cautela el entorno—. Ese ser ha corrido casi a nuestro lado cargando con este energúmeno y ni lo hemos advertido.

—Un aviso. Sabe que estamos aquí —murmuró Kaj—. ¿Querrá al chico?

—Quizá, pero —dudó Jasón—, si fuera una cuestión de carne y sangre, ¿no se habría contentado con este? Gjerta dijo que solo le ofrecían al primogénito de las familias, con preferencia el que estuviera cerca de la mayoría de edad, pero...

—Pero dijo también que estos años atrás estuvieron entregando a extranjeros y vagabundos errantes como sacrificio —continuó Kaj—. Siguen sin contar todo. Ni siquiera Gjerta fue por completo sincera con nosotros. Aquí hay cosas más oscuras implicadas que la codicia de un alcalde o el miedo irracional que un supuesto ser demoníaco pueda proyectar. Si es que es eso. Intuyo más, mucho más.

Algo llamó su atención en un lateral, un objeto arrojado allí casi de forma casual. Lo alzó, incrédulo.

—El hacha de Soren. —musitó Torben asombrado, acercándose por primera vez al cadáver.

—Cógela tú, pesa demasiado para mí —indicó Kaj, cediéndosela. Torben la blandió con soltura. Reconocía de sobras la buena factura de su maestro en aquella arma.

—Me siento un poco más confiado ahora. —dijo.

—No lo hagas. Soren tiene el cuello roto —informó Lizeth, guardando algo entre las mangas de su vestido—. No creo que tú seas más fuerte o hábil luchando de lo que él era.

—Se ríe de nosotros. Está jugando al gato y al ratón —masculló Kaj—. Quizá sea eso la clave de todo.

—Lo que sea. Aquí somos un blanco fácil. Dijiste que había otro camino. O eso creí entender —preguntó Jasón.

—Lo hay. Pero no quieres cruzarlo, te lo aseguro —contestó seco Kaj, mirándole a los ojos con fijeza.

Un quejido procedente de las parihuelas abandonadas en el suelo interrumpió el incómodo momento. Lizeth y Torben se inclinaron sobre el hijo del cabrero.

—Se le ha aflojado el estómago al pobre. Está empeorando a ojos vistas.
—anunció el herrero.

Lizeth asintió, mirando a ambos, Kaj y Jasón:

—Si sabes cómo sacarnos de aquí, te ruego que no perdamos más tiempo. Debo llevarle con mi abuela cuanto antes si queremos que sobreviva a la noche. —habló dirigiéndose al huérfano.

—No sabéis lo que me pedís... —Sacudió este la cabeza—. Casi preferiría bajar al sendero y probar suerte con esa cosa.

—Eso es un suicidio —dijo Torben.

—Siempre y cuando ese ser sea tal y cómo lo describió Gjerta. —Meditó Jasón en voz alta.

«No seas necio. La sacerdotisa os contó todo cuanto pudo sin romper su juramento. Hay cosas que atan más que la propia sangre», casi rugió su abuelo dentro de su cráneo.

—¿Gjerta sacerdotisa? —susurró desorientado. Cada vez era peor. La presencia de su abuelo se hacía más y más grande en su cabeza y amenazaba con desplazarle a él de allí.

Lizeth ahogó un respingo al oírle, aún más pálida que antes, y sujetó el rostro de Jasón entre sus manos mientras lo obligaba a inclinarse y mirarla a los ojos. Lo soltó de golpe, mientras se apartaba de un salto.

—Tienes a un hombre muerto en la cabeza —acusó, pues tal era el tono de su voz—. Eso no trae nunca nada bueno.

—¿Qué tonterías dices ahora, muchacha? —reconvino Torben—. Como si no tuviéramos ya bastantes problemas. Si nuestra cháchara no lo atrae, sin duda el olor de las heces del muchacho lo harán. ¡Tenemos que movernos ya!

—Kaj —insistió Jasón, negándose a pensar en la acusación de Lizeth—, el sendero o tu camino peligroso. Decídetes.

Un aullido distante acalló la réplica de Kaj incluso antes de que surgiera de sus labios. Aguardaron en un sobrecogido silencio hasta que oyeron otros aullidos en respuesta al primero. Algunos mucho más cercanos.

—Están viniendo, Kaj —Lo enfrentó Jasón—. Huelen la sangre y la caza no abunda en los últimos meses. Te lo digo yo. Van a venir y nos van a despedazar seguro, mientras que tus miedos son algo incierto que bien

podríamos afrontar.

El huérfano escupió a un lado, con los ojos inyectados en sangre.

—Seguidme pues, de nuevo montaña arriba bordeando los riscos —dijo poniéndose en marcha—. Tan solo espero que no acabéis descubriendo que hay cosas a temer mucho peores que la muerte.

□ • □

Jasón abandonó el arroyo casi 12 kilómetros más allá de donde se había introducido en la fría corriente. Su viaje introspectivo al pasado le hacía avanzar mucho más rápido de lo que el mismo tenía previsto, cubriendo terreno casi sin ser consciente de ello; saltando, trepando y caminando con el automatismo del que conoce bien su entorno y a dónde se dirige.

Al llegar a la cima se agachó, pegándose a una roca grande para protegerse del viento y, al mismo tiempo, evitar que su silueta destacara contra el cielo pese a que la visibilidad ya comenzaba a ser muy reducida por la nevada.

Sus ojos expertos recorrieron con calma el camino que había dejado tras de sí, y después se centraron en el recorrido que aún le aguardaba por delante.

—No nos mentías, amigo mío —suspiró en medio de aquel silencioso punto de observación—, cuando nos advertiste de que tomar aquel camino podría suponer un peaje muy superior al que podíamos costearnos...

Y mientras comenzaba a descender de aquel pico aislado, su mente regresó de nuevo al momento de su desesperada huida del Guerrero Pálido.

□ • □

—Si pudiera hacer fuego, los ahuyentaríamos enseguida. —dijo Torben haciendo molinetes con el hacha para obligar a retroceder a un lobo demasiado hambriento como para ser precavido con un hombre armado.

—Si te dejara hacer fuego atraeríamos directo a nosotros a esa cosa que asesinó a Soren. —replicó Jasón lanzando piedras a discreción hacia los puntos brillantes que se movían en la periferia de la oscuridad que los rodeaba.

El resplandor ultraterreno era aquí mucho menos pronunciado, con probabilidad debido a la ausencia de vegetación en aquel extraño montículo al que Kaj los había guiado. El mismo Kaj que en esos momentos descendía con lentitud por la pared de gravilla inestable que se

abría justo detrás de ellos, a sus pies. Un enorme embudo de piedrecillas deslizantes y traicioneras que acababa en las proximidades de lo que aparentaba ser la entrada a una gruta, casi 30 metros más abajo.

Lizeth le acompañaba, cada uno a un lado de la parihuela, luchando en silencio porque no se deslizara con su carga pendiente abajo a toda velocidad.

Era una tarea titánica y arriesgada, sobre todo teniendo en cuenta el precario estado del huérfano y que Lizeth no andaba sobrada de fuerza física pese a toda su desesperada voluntad por llevar la aventura a buen puerto.

—Se van a matar, Jasón —gritó Torben—. Casi no los veo ya.

Jasón no pudo evitar lanzar un vistazo preocupado a las sombras apenas intuidas que debían de ser sus amigos y a punto estuvo de pagarlo caro.

—¡No! —gritó cuando unas mandíbulas se cerraron sobre su antebrazo derecho. Apretó los dientes al sentir los colmillos penetrando en su carne, pero uno no es trampero sin haber probado una o dos veces la mordedura de tus propias herramientas y no perdió la calma. Golpeó una y otra vez la cabeza del animal con una piedra, sin embargo lo que le liberó fue el hacha de Torben. El lobo soltó su presa aullando y retorciéndose en el suelo, buscando alejarse de ellos.

—Gracias. —Acertó a susurrar Jasón. Torben a su lado respiraba como un oso herido.

—Solo le he rozado, pero ahora lleva colgando una oreja —bufó el herrero—. Y creo que eso los ha enfurecido más. ¿Estás herido?

—No —mintió mientras cubría con una mano los agujeros que los colmillos habían dejado a través del guardabrazos de cuero.

—¡Bajad!, estamos bien—gritó de repente Kaj desde algún punto detrás de ellos.

—¿Nos seguirán? —preguntó Jasón señalando a los lobos con un gesto.

—Kaj juró que no se atreverían —contestó Torben—. ¿A la de tres?

—¡Tres! —exclamó Jasón lanzándose pendiente abajo.

Llegaron al fondo deslizándose, rodando y rebotando contra algunas de las rocas fijas que emergían entre el resto. Contra una de ellas se golpeó

Jasón en la sien, dejándole con un molesto zumbido en los oídos.

«*Maldita sea, ahora no*». El oído era su principal baza de supervivencia a donde iban ahora.

Kaj y Lizeth se encontraban ya casi en la entrada de la caverna, arrastrando al chico herido. Había algo extraño en la forma que la muchacha apoyaba uno de sus pies al caminar.

—¡Corred hacia aquí, rápido! ¡Un par de ellos están bajando! —Les advirtió Kaj.

—¿Qué?, idijiste que no lo harían! —rugió Torben recuperando su arma perdida durante el descenso. La había alejado de sí con una patada para evitar lesionarse con ella.

—Dije que no entrarían en la cueva. ¡Observa! —señaló Kaj.

Los alrededores de la gruta resplandecían casi tanto como lo había hecho la vegetación en el interior del bosque. Los gruñidos le indicaron al herrero hacia dónde debía mirar y descubrió a dos enormes machos de pelaje gris iluminados de forma fantasmagórica. Sería por las circunstancias, pero se le antojaron anormalmente grandes y fuertes.

—Esta manada no es de aquí. No desprenden esta luz malsana que nos rodea —comentó Kaj—. Aun así, no se acercarán por más hambre que tengan.

—¿Por qué?, ¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Torben—. No será la guarida de un oso...

El huérfano, sin dejar de contemplar a los dubitativos lobos, cogió un puñado de piedras pequeñas del suelo y extendió el brazo hacia Torben.

—Ten, cógelas —Le dijo con tono enigmático.

Torben lo hizo de forma automática y después se demoró unos segundos examinando el contenido de la palma de su mano a la mortecina luz que irradiaba de las paredes de la entrada a la caverna.

Las dejó caer de repente, con un gesto de disgusto. Lizeth cogió una, curiosa por la forma en que éstas habían caído. Muy livianas en su opinión para ser simple grava.

—Huesos... son fragmentos de huesos rotos y roídos. —murmuró asombrada.

Kaj asintió:

—No deis nada por hecho ahí abajo pues pocas cosas son lo que parecen —Les dijo—. No hay osos, pero sí otras criaturas igual de peligrosas.

—¿Qué seres, pues, dan lugar a un osario semejante? —preguntó Torben.

«*Unos con mucha hambre, a juzgar por la extensión del área*», reflexionaba Jasón en silencio.

Kaj se encogió de hombros.

—Lo ignoro —dijo—, y pretendo que siga así. He recorrido estos túneles más de una vez y siempre he esquivado cualquier encuentro. Creo que soy el único del pueblo que lo ha hecho. Nadie viene por aquí.

—Eso es lo que no entiendo. No es que esté prohibido o algo así. Y a tan solo un par de horas de la aldea. —planteó Jasón.

—Si prohíbes algo a la gente, ten por seguro que harán lo posible por meter sus narices en aquello de lo que tratas de alejarlos —respondió Kaj meneando la cabeza a un lado y a otro—. Es mejor dejar caer en el olvido, desincentivar o crear consciencia entre los más jóvenes de que aquí no hay nada interesante.

—Suenas como mi padre. Es el tipo de cálculo que el haría. Cálculo y manipulación. —dijo Lizeth con un estremecimiento. Se frotaba el tobillo izquierdo mientras hablaba.

—¿Qué te ha pasado en el pie? —preguntó Jasón—. ¿Puedo verlo?

—Se ha torcido el tobillo al colocarse frente a la parihuela para frenarla. Casi se nos escapó en el último trecho del descenso y ella fue más rápida que yo —explicó Kaj—. Y la muy cabezota no me deja echarle un vistazo.

Jasón se inclinó sobre una Lizeth que agradeció de repente el tono verdoso de aquella luz. No verían ninguno que volvía a estar roja como la grana. El tacto de la mano del trampero era áspero y cálido pero gentil. Y se ciñó solo a la zona herida. Sin embargo, la muchacha no hacía más que vigilar de reojo a Kaj, aguardando algún tipo de reacción en su rostro, aunque no tenía muy claro de qué tipo.

—Está un poco hinchado, pero parece estar bien. —informó Jasón.

—Gracias. —contestó la chica recogiendo el pie debajo de su falda.

—¿Y entonces qué?, ¿seguimos aquí aguardando a que los lobos reúnan valor para atacarnos o entramos en la guarida de vete a saber tú que tipo

de ser? —apremió Torben.

—Ahí dentro tenemos que ir juntos y en el máximo silencio posible. Tengo un yesquero y un par de antorchas ocultas en una cavidad lateral algo más adelante junto con una resina capaz de arder durante horas. Nos servirán para alumbrarnos en los tramos más oscuros. La mayoría de lo que habita ahí abajo es ciego y se guía por el oído o el olfato. Yo abriré la marcha y Jasón la cerrará, atento a cualquier sonido detrás de nosotros.

Se giró hacia el trampero y le dijo:

—Te advierto de que en el interior de una cueva la acústica es extraña y caprichosa —Hizo una pausa y continuó—. Lizeth, tú detrás de mí. Deja que Torben y Jasón se encarguen del chico. El interior es fresco y le aliviará un tanto la fiebre.

—Solo una pregunta —dijo con suavidad la muchacha—. ¿Por qué frecuentas este lugar si te da tanto miedo?

Kaj le dio la espalda y se introdujo en la cueva. Se agachó para retirar una piedra grande apoyada en un costado y comenzó a retirar cosas que allí tenía guardadas, introduciéndolas en sus bolsillos. Al poco, exhaló un gran suspiro y se volvió con lentitud hacia el resto.

—Porque en este lugar, querida, recibí dos de los tres únicos regalos que me ha entregado la existencia.

Lizeth respingó y pisó a Torben al retroceder de golpe un paso. Jasón apretó los dientes y frunció el ceño mientras Torben juraba en algún idioma extraño.

Los ojos del huérfano ya no tenían el color de la avellana ni mostraban esa mirada de descarado desafío que le caracterizaba. Ahora eran completa y absolutamente negros en toda su superficie reflectante e inquietante.

El chico asintió con una confusa mezcla de tristeza y orgullo:

—Lo sé. Inhumanos. Y es por vosotros por quienes temo. Que conste.

□ • □

El alma del explorador que vivía dentro de Jasón estaba extasiada ante el descubrimiento de nuevos parajes donde enfocar su curiosidad. Seguían un sinuoso sendero apenas perceptible a través de la caverna. La llama de la antorcha que sostenía Lizeth arrojaba sombras caprichosas a su paso, descubriendo columnas retorcidas de piedra decoradas con formas imposibles. Columnas que surgían del suelo o descendían desde el lejano techo, encontrándose de forma ocasional. Imaginar el proceso por el cual

se había formado algo así, escapaba a su comprensión, pero una parte de él ansiaba por asomarse detrás de cada roca grande o trepar por ellas hasta las alturas donde adivinaba nuevas aberturas y posibles caminos.

Sobrecogido y maravillado, casi había olvidado dónde estaban y hasta la sobrecogedora transformación de los ojos de Kaj.

«*Ojos de cuervo, ojos de sabio*», le recordó su abuelo desde algún rincón situado en un punto más allá de su nuca.

«*¿Qué significa eso?*», se dirigió por primera vez a la voz que poblaba su mente. Una sensación de sorpresa y alivio le llegó de ninguna parte.

«*Su padre era un buen amigo mío. Luchamos juntos y mezclamos nuestra sangre en tierras cuyos nombres no podrías ni pronunciar. Él era extraordinario, pero su mujer era única*».

«*Continúa*», conminó a la voz de su abuelo mientras sujetaba con más fuerza la parihuela. Estaban descendiendo de nuevo y la pendiente se volvía más pronunciada a cada paso.

«*Su madre tenía el don de Ver. No el futuro ni estupideces por el estilo. Sencillamente, podía «ver». A través de la gente, de los engaños y, en contadas ocasiones, a través de las distancias*»

«*Sin embargo, ella no podía elegir cuando manifestar la visión del cuervo. Tu amigo ha ido un paso más allá. Esta luz verde que todo lo permea quizá tenga algo que ver*».

«*¿Cómo murieron?, ¿cómo acabó en manos de su pariente?*», interrogó Jasón.

Percibió tensión, como si su abuelo luchara contra algo. La respuesta se demoró un poco y le llegó como un susurro en sus oídos:

—*Pregúntale al alcalde. Pregúntale de donde salen las monedas que pagan las borracheras del tío de Bartram. Todos los perjuros tienen un precio.*

—¿Abuelo? —susurró sorprendido ante el brusco silencio.

—¿Qué pasa? —Le preguntó Torben también en murmullos.

Lizeth se dio la vuelta y llevándose el dedo índice de su mano libre a los labios, les pidió silencio.

—No pasa nada —dijo Kaj en voz baja—. Esta zona es más o menos

segura todavía.

Un grupo de murciélagos procedentes de alguna altura a donde la luz de la antorcha no llegaba, les sobresaltó; como si quisieran desmentir la afirmación del chico. Este hizo caso omiso de ellos, pero se giró y alargó una mano hacia el rostro de Lizeth, que se puso rígida.

—Permíteme —dijo Kaj retirando un ejemplar pequeño que se había enredado en el cabello de la muchacha sin que ella lo advirtiese—. Son inofensivos, no temas.

—No me asustan los ratones —contestó ella sin alterarse—. Ni siquiera los que vuelan.

—Bien por ti —bufó Torben—. A mí sí que me dan un poco de asco.

Kaj se rio bajito mientras se daba la vuelta y observaba las dos cavidades que se abrían ante ellos.

—Estás resultando demasiado aprensivo, herrero. No quiero ni pensar en cómo te pondrás cuando veas a las lombrices gigantes que excavan en las raíces de la montaña.

Jasón sonrió muy a pesar de sí mismo al escuchar a Torben tragar saliva. Cuando iban a pescar, siempre le tocaba a él el recoger los cebos y colocarlos. Las fobias de Torben con las lombrices y algunos animales daban para muchas tardes de discusión cuando tenían doce años. La pregunta era, ¿cómo lo había sabido Kaj?

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó, preocupado ante la posibilidad de que el huérfano hubiera confundido el camino.

—Intento decidir por qué ruta continuamos. Ambas tienen sus pros y sus contras. Y hay momentos en los que una de ellas se vuelve impracticable debido a los vapores que surgen del suelo y de las paredes. —contestó Kaj.

—¿Venenosos?, ¿Cómo los de la montaña de azufre al otro extremo de la cordillera? —Se interesó Lizeth.

—Venenosos, no sé. Diría que no. Pero suficiente para cocerte vivo o asfixiarte si no tienes suerte. —Fue la respuesta del muchacho.

Kaj se acercó a una de las aperturas en la roca, lo bastante redondeada como para hacer pensar en el trabajo de las supuestas lombrices gigantes, y apoyó la mano en la pared.

—De normal escogería esta ruta, pero la roca se está calentando y eso puede anunciar la presencia de los vapores en breve —Se asomó a la otra—. En cambio, el aire llega frío de aquí, lo que indica que está despejada...

Un canturreo monótono le interrumpió y le hizo volverse sobresaltado.

—Es el chico del cabrero, vuelve al ataque con otra de sus malditas tonadas. —suspiró Torben.

—Intentaré hacerle callar. —Se ofreció Lizeth inclinándose sobre el joven inconsciente.

—¡No! —Alargó la mano Kaj, deteniéndola. Fue él quien se agachó sobre el herido y permaneció así un rato, escuchando.

Se alzó con el rostro demudado, sujetándose las sienes con las manos.

—¡Qué enredada madeja tejemos, Skuld! ¿A dónde pretendes empujarnos ahora? —Se lamentó.

—¿Estás seguro de eso, Bartram? —dijo quedo Lizeth, apoyando su mano por primera vez en el hombro del chico. Este se volvió hacia ella y le sujetó el rostro entre ambas manos mientras derramaba lágrimas.

—¿Seguro? —contestó con una voz en exceso aguda que comenzaba a teñirse de histerismo—. Lo estoy, mi señora. Me temo que no tenemos ni voz ni voto en todo este tema.

Se secó las lágrimas con el antebrazo con un brusco movimiento.

—El camino ha sido elegido para nosotros —dijo internándose en la penumbra del primer túnel—. ¡Hacia abajo! A la oscuridad y el terrible calor. A forjar nuestro destino o a quebrarlo en el intento.

Lizeth se volvió hacia unos perplejos Jasón y Torben.

—Coged el chico y sigámosle, rápido. Temo que en su estado se separe demasiado de nosotros.

—No estoy seguro de entender qué ocurre —expuso Jasón sus dudas—. ¿Todo esto por el canturreo de una persona en pleno delirio?

Torben asintió en silencio detrás de él. En su opinión Kaj había reconocido algo en aquella melodía que lo había trastornado pero que le colgaran si conocía la causa.

—«Blót»—dijo ella alzando la cabeza, extrañamente serena—. El sacrificio somos todos nosotros. Vayamos tras él, por favor.

Torben reaccionó antes y se inclinó para coger las asas de la improvisada camilla. Mientras Jasón, renuente, lo imitaba, pudo escucharle murmurar:

—«*Nada ni nadie sobrevive una noche a la sentencia de las Nornas*»

Capítulo 7

TIERRA EXTRAÑA

E

El sudor le quemaba los ojos, los brazos le temblaban por la tensión y las rodillas insistían en fallar cuando menos se lo esperaba. El aire se había ido enrareciendo y calentando conforme corrían por el túnel. Habían cubierto sus rostros con trozos de tela arrancados de sus propias ropas y los habían humedecido con el agua que se filtraba desde el techo en algunos puntos. Aun así, el esfuerzo por continuar adelante llevando a su inconsciente carga resultaba titánico.

Llevaban horas avanzando y descendiendo a través de las entrañas de la montaña. A oscuras en los tramos y ocasiones en las que Kaj así lo exigía. Habían permanecido inmóviles con Lizeth tapando la boca del convaleciente mientras una criatura de cuerpo cilíndrico y masivo transitaba junto a ellos ocupando el túnel casi por completo. Su rastro resbaloso les había hecho caer en no pocas ocasiones hasta que lo dejaron atrás.

—Pisad solo por el lado derecho —avisó el huérfano una vez más—. Hay otro reguero de ese caldo corrosivo. Si lo pisáis, perderéis el calzado... con suerte.

—¿No se acaban las penalidades? —Se quejó Torben.—. Necesitamos reposar aunque sean solo unos minutos. Me tiemblan hasta las pestañas.

—Lo siento, pero no —contestó su guía sin volverse a mirarlos—. Debemos avanzar un poco más. Las lombrices serpiente pueden parecer terribles pero lo único de lo que debes cuidarte es de no asustarlas o te aplastarán por accidente. Y esta zona está plagada de ellas.

—Entonces, ¿Por qué tanta prisa, hombre? Jasón dice que no nos sigue nadie. —contestó el herrero.

«Eso creo. Es difícil escuchar algo que no sea este martilleo en mis sienes

», se guardó para sí Jasón.

—Porque las cosas que cazan a las lombrices... ¡Esas sí son peligrosas de veras! —dijo Kaj, que se detuvo a examinar un lateral de la pared.

—Esto no debería estar aquí —Lo vieron extrañarse mientras palpaba la superficie con precaución. Se frotó los dedos entre sí y vieron que tenía una sustancia pegajosa y amarillenta entre ellos.

—Tengo tanta hambre, que hasta esa pringue me recuerda a la miel.
—comentó Torben observando curioso sobre el hombro de Jasón.

—Es miel. —corroboró Kaj, provocando que Torben casi se abalanzara sobre la pared.

—¡Espera, animal! —Lo sujetó Jasón de un brazo—. No sabemos si es comestible.

Kaj se chupó los dedos distraído antes de contestar:

—Se puede consumir sin problema, pero no avancéis más. Al menos no con la antorcha encendida. Mira por dónde vas a tener tu descanso, herrero.

Y se internó en el túnel, dejando atrás la zona iluminada por la cada vez más menguada antorcha y a sus amigos con un montón de interrogantes.

□ • □

Lizeth trataba de humedecer los labios del muchacho inconsciente pero la poca humedad que lograba extraer de las paredes impregnando el jirón de tela arrancado de su falda era a todas luces insuficiente. La respiración del joven era un fuelle ansioso interrumpido por toses secas que iban a peor.

Torben la contemplaba afanarse por aliviar la fiebre y el dolor del cabrero con una mezcla de admiración y lástima.

—Se muere, ¿verdad? —dijo al verla dejarse caer hacia atrás y apoyarse en la pared rocosa. Tenía la muchacha el rostro sucio y empapado en sudor. Como todos ellos.

—Sí —respondió ella con un hilo de voz—. Pero no es solo por los golpes y la heridas. Su espíritu lucha por aferrarse a esta vida pero no encuentra asidero. Lo veo resbalar poco a poco hacia el otro lado y cada vez me es más difícil evitar que cruce. Lo ha perdido todo, incluida su familia. Poco puedo ofrecerle yo por retenerlo aquí, inmerso en agonía... una canción de

cuna, el recuerdo de la brisa en la piel, un arco iris sobre la gran cascada...

Torben sacudió la cabeza, pesaroso:

—Las cosas que dices bien te valdrían el exilio si se divulgaran entre las gentes del pueblo, chica —Alzó las manos al ver que tanto ella como Jasón iban a protestar airados. «*Jasón, tú siempre del lado de los menos favorecidos*», pensó. Esbozó una media sonrisa para apaciguar a ambos:

—Paz —dijo—. Yo no tengo problemas ni con la ciencia ni con la magia. Aunque a veces desconfíe de lo que no entiendo. Doy la bienvenida a todo aquello que suponga un avance en el conocimiento del mundo.

—Pues muchas veces no lo parece —Se relajó un poco Lizeth que seguía mirándole con intensidad—. Aunque tienes la pátina de aquel que ha comenzado a penetrar en los misterios. Y eso me desconcierta, aprendiz con cabeza de alcornoque.

Torben rio y asintió ante la puya:

—E igual de dura, te lo aseguro.

Jasón se acomodó en el suelo, un poco separado de ellos, atrás en el camino por donde habían venido. Que Torben confesara abiertamente sus defectos era señal de que en realidad no tenía nada en contra de la muchacha y sus prácticas «*¿religiosas?*». ¿Él?, no creía en nada y, al mismo tiempo, era capaz de aceptarlo todo. «*Creo en lo que necesito cuando lo necesito*». Ese había sido el credo de su abuelo y él lo había interiorizado hasta hacerlo suyo. Volvió su atención a la conversación. Torben estaba explicando algo.

—La primavera pasada, estando mi maestro fuera buscando menas de hierro, me encontré ocioso y me dio por rebuscar entre esos enormes baúles que tiene almacenados en el fondo de la herrería. Encontré algo extraño entre sus posesiones de lo que nunca me había hablado.

—¿El qué? —Se interesó Lizeth.

—Libros. Pesados tomos encuadernados en cuero y metal. Tratados de metalurgia y ... —Hizo una pausa, quizá dudando si no estaría hablando de más—... runas.

—Vaya —exclamó Jasón, asombrado de veras—, que calladito te lo tenías.

Torben pareció avergonzarse ante el reproche de su amigo y bajó la cabeza como un niño pequeño pillado en una falta, lo que provocó una

carcajada en Jasón.

—Era broma. Mira dónde y cómo nos encontramos, amigo mío —Abrió los brazos, como abarcando el espacio, procurando no mostrar las laceraciones de los colmillos del lobo en las protecciones de cuero de su brazo—. Sobrevivir a esto es lo importante. Todo lo demás —Y movió la cabeza a un lado y a otro—, son tonterías sin trascendencia.

—Estoy de acuerdo —afirmó Lizeth, que continuaba mirando a Torben con ojos inquisitivos—. Metalurgia y runas, entonces. Y ¿has aprendido mucho? —. Deslizó con una inocencia fingida tan evidente que desconcertó a Jasón. «¿A dónde quería llegar?»

—Mucho —Se animó de repente Torben—. No tienes ni idea de las cosas que se pueden lograr si incorporas runas a las armas o a las herramientas. Con mucho esfuerzo tallé una de conservación en mi martillo de fragua, oculta bajo las cintas de cuero del mango no fuera a advertirlas mi maestro Magnus. ¡Y ahora no se mella nunca y hasta me parece más liviano cuando lo uso!

Su amigo estaba exultante, pero a quien observaba Jasón era a Lizeth, que contemplaba a su vez el entusiasmo de Torben con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Lizeth? —preguntó, intrigado por su actitud. Lo que contaba el herrero era sorprendente si es que era cierto, claro. No es que Torben fuese mentiroso, nada más lejos de la realidad, pero en ocasiones cuando deseamos algo con mucha fuerza acabamos por ver «*milagros*» donde no los hay en absoluto. Torben podría haberse hecho más fuerte y resistente con el trabajo continuado (sus músculos saltaban a la vista), y el martillo ser tan solo una buena herramienta.

«*La muchacha no piensa como tú*», regresó la voz de su abuelo. En esta ocasión era evidente que se estaba divirtiendo. «*Tus compañeros son una interminable sucesión de sorpresas*».

—No deberías haber podido leer esos tomos. Y mucho menos entenderlos o llevarlos a cabo. ¿Por qué crees que tu maestro los mantiene bajo llave? Codicia sus conocimientos pero le es imposible penetrar en ellos —Movié la cabeza riéndose, incrédula—. Madre mía, tienes sangre enana.

—¿Cómo? —Casi se atragantó Torben con las palabras—. Los enanos son cuentos de viejas para asustar a los niños en invierno y enviarlos pronto a sus camas.

—Eso sin contar que mide ya casi dos metros. —Lo apoyó Jasón.

—Claro, pero las brujas, los demonios que vienen con la niebla, hasta los oscuros ojos de pájaro de nuestro amigo... —Hizo Lizeth una pausa—...todo eso sí existe y es perfectamente normal, ¿no? ¡Por los dioses, que los hombres sois duros de mollera y funcionáis contra toda lógica!

Se había puesto en pie, erizada como un gato acorralado y los miraba como si los viera por primera vez.

—Kaj tiene razón. Nada de esto está ocurriendo porque sí. —dijo.

—Celebro que estés de acuerdo conmigo. —Surgió la voz del huérfano desde la oscuridad adyacente. Jasón ya lo venía escuchando llegar. Sus oídos aun zumbaban, pero comenzaba a ser capaz de diferenciar los sonidos reales de los ecos en aquel entorno extraño.

—Me alegro de verte de regreso. —saludó al recién llegado. Lo vio parpadear mientras sus ojos regresaban a la normalidad. Lo hacía siempre que se volvía hacia ellos.

—Sí, aunque te has tomado tu tiempo. —reprochó Torben.

—Bueno, viendo lo limpia que está la pared y que las grietas ya no supuran miel, ha sido tiempo bien aprovechado por tu parte. —rio Kaj.

—Le dimos parte al cabrero. —protestó con debilidad Torben.

—Apenas si tomó algo, por favor. —suspiró Lizeth poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Jasón—. El chico ya casi no resiste. ¿Cuánto nos queda hasta la salida?

—Menos de lo que llevamos recorrido, la verdad —contestó Kaj—, pero esta misma miel que tanto le ha gustado a nuestro amigo resulta ser un problema algo más adelante.

—¿Por? —intervino el aludido.

—Las abejas que fabrican esta miel se han criado bajo tierra y anidado entre las grietas y cavidades, usándolas como hogar y despensa. Debe de haber enormes panales detrás de estas paredes. Quieto, quieto. Ni se te ocurra —Detuvo a Torben cuando se levantó de golpe.

—¿Sabes el tamaño y la ferocidad que tienen los miembros de esta colmena? He visto algunas grandes como mi puño. Y más listas de lo que imaginas. Tendremos que cruzar un buen trecho colonizado por ellas. Antes se limitaban a ser unos pocos cientos de individuos que pululaban

en algunos tramos del otro túnel. Ahora son cientos de miles o más. Y la luz las exacerba. Tendremos que pasar a oscuras conmigo guiándoos.

—Bien, vamos allá. Una vez más —dijo Torben agachándose para coger sus extremos de la parihuela. Jasón lo imitó mientras Kaj comenzaba a apagar la antorcha con delicadeza, intentando preservar la máxima extensión posible. Lizeth sujetó a Torben por el lateral del cinturón y extendió la otra mano hacia Kaj. La oscuridad se cerró tan de repente sobre ellos que casi les dolió en los ojos.

Jasón percibió el tirón en la camilla y se puso en marcha. Sabía que el huérfano andaba de nuevo escudriñando el camino con esos portentosos ojos suyos que daban escalofríos. Al principio de su interminable periplo subterráneo había ido contando las idas y vueltas del camino, los pasos incluso, pero ya desistía de ello. Comenzaba a estar demasiado cansado hasta para escuchar y es que los sonidos de la cueva resultaban monótonos una vez los tenías todos identificados.

Uno a uno no eran nada, pero todos juntos se transformaban en una canción monocorde y repetitiva que le adormecía. Hasta el ritmo de sus pisadas sobre aquel suelo duro y alisado por la actividad de las descomunales lombrices acababa por ser uniforme.

Alzó una ceja en la oscuridad y se preparó para detenerse. Los pies de Kaj se habían parado y el posterior y suave roce de telas le indicaron que su guía se estaba agachando. Percibió como la camilla descendía desde el otro extremo y supuso que Lizeth estaba haciendo que Torben también se inclinara, así que el también quedó en cuclillas pero sin soltar la camilla. Aguardando.

Un zumbido intermitente le llegó desde la distancia, como si procediera de alguna abertura situada a la izquierda del túnel, algo más adelante. Se aproximaba a gran velocidad.

«Abejas. Y grandes, a juzgar por la intensidad con la que mueven las alas», dedujo al tiempo que encogía de forma instintiva el cuello dentro de la camisa.

Pasaron sobre ellos como una exhalación y pronto su sonido se perdió a lo lejos. Al poco reanudaban la marcha.

«Monotonía, de nuevo», suspiró en su interior.

«¿Por qué te angustia tanto, muchacho? Ansías la exploración y el descubrimiento pero cuando los haces tuyos te hartas y agobias y deseas pasar a otra cosa».

«Si tu padre no te hubiera enseñado tan bien la virtud de la paciencia durante vuestras cacerías, creo que ya habrías reventado hace rato»

Ante su silencio, la voz continuó:

«¿Qué buscas, qué le pides a la existencia? No lo supe en vida y aun ahora me mantienes en la ignorancia».

Pensar en ello sería casi lo mismo que responder a su abuelo, así que se encerró en la melodía de la cueva. Primero estaban los pasos, pesados los de Torben y algo menos los suyos, casi ocultando el caminar suave y preciso de Lizeth y el perceptible a duras penas de Kaj.

«Esos dos acostumbran a andar a hurtadillas por todos sitios. Su destreza les delata», reflexionó.

Después estaba el aire caliente procedente de las grietas, fumarolas que apenas avisaban antes de lanzarte su chorro de vapor a la cara. Zumbidos, de muy baja intensidad, que intuía a través de las paredes y la distancia. Incluido uno constante, que nunca variaba y al que parecían acercarse por momentos. Este era diferente, porque lo sentía en los huesos, casi como una vibración que lo atravesara.

Y luego, estaban las gotas. El agua que se filtraba o condensaba en el techo en algunas zonas y que caía al suelo formando pequeños charcos. Notas cristalinas, regulares...

«Espera»

Algo estaba mal. Contuvo la respiración y se frenó poco a poco para evitar que la camilla le resbalara a Torben.

«¿Qué oigo de lo que no soy consciente y me atemoriza?, ¿Por qué tengo los cabellos de la nuca erizados y esta sensación terrible?»

Sus compañeros se estaban aproximando entre sí, oía el arrastrar de sus pies, preguntándose en silencio qué ocurría.

«Sustráete a ellos ahora, solo escucha. ¿Qué ha cambiado en tu entorno?», susurró su abuelo, lejos, en su cabeza.

Jasón se obligó a relajarse. El cuello le dolía por la tensión, por eso cuando una gota de agua extrañamente fría para aquel lugar le resbaló sobre la frente desde el techo, la agradeció. Y el conocimiento llegó como en una revelación:

—Está aquí. ¡Corred!

□ • □

—Doblamos a la derecha. En tres, dos, uno, ¡Ya! —Iba guiándolos Kaj a través de la oscuridad. Lo que a Jasón le hubiera gustado que fuera una carrera frenética, apenas pasaba de un trote desigual debido a la camilla. Al menos había aprendido a no cerrarse demasiado en las curvas después de golpear su hombro contra la pared al tomar una de ellas.

Quizá fuera una ilusión óptica producto de sus ojos cansados de oscuridad, pero le dio la impresión de que a lo lejos se percibía algo de claridad. Sacudió la cabeza con fuerza y el sudor que caía sobre sus ojos se dispersó en todas direcciones. Tenía en las sienes un martilleo salvaje y sus pulmones aspiraban con ansia inútil la mezcla de vapor y calor asfixiante que conformaban la atmósfera de las cuevas. Había escuchado a Lizeth trastabillar en un par de ocasiones, lo que había provocado que tanto Torben como él mismo se vieran obligados a frenar para no arrollarla.

Y el zumbido. Esa sensación se proyectaba sobre Jasón, cada vez más intensa y extraña. Intrusiva. Jamás había percibido nada igual.

—¿Aún nos sigue? —Escuchó que le preguntaba Torben entre dientes, con la fatiga ahogando su voz.

—Sí —No lo oía, pero estaba convencido de que les pisaba los talones.

—Escuchad —oyeron decir a Kaj—. Algo más adelante el paisaje va a cambiar. Mucho. Os ruego que no os detengáis y continuéis corriendo detrás de mí. Ya no estaremos en la oscuridad y podremos avanzar más rápido.

—Casi no me queda aliento. —Les llegó la desfallecida voz de Lizeth.

—Un poco más —pidió Kaj con los dientes apretados por el esfuerzo. Le caía sangre por las comisuras de la boca—. Un poco más y quizá sepa donde refugiarnos.

No volvió a hablar durante el resto del trayecto, pero que la oscuridad retrocedía comenzaba a ser evidente. Ya intuían formas en el techo y las paredes y algunos charcos del suelo reflejaban aquella luz tan tenue. Le recordó a Jasón la fosforescencia del bosque y la de las rocas al inicio de su recorrido. Luego el fulgor verde había ido desapareciendo conforme penetraban en la montaña.

«Azulada. Esta luz es distinta. Procede de algún punto, no de la misma

piedra como la otra», iba pensando.

Entonces, al doblar un pasillo a la izquierda, el mundo se volvió aún más extraño.

—No os paréis. —insistió Kaj al verlos dudar.

—Pero ¿qué demonios? —exclamó Torben.

—Explicaciones después, si es que soy capaz de darlas —contestó Kaj—. ¡Moveos!

Un enorme espacio abierto que se curvaba hacia arriba en sus extremos, se mostraba ante ellos coronado por un techo liso en su mayor parte de una factura y altura tales como nada que hubieran contemplado en sus jóvenes vidas. La escala era apabullante e inesperada, pero Kaj no dudó ni un momento en introducirse en él y arrastrar consigo de la mano a Lizeth a través de la pradera más singular que se pudiera imaginar. Largos tallos cristalinos que parecían contener luz líquida brotaban del suelo allá donde colocaras la vista, creciendo rectos hasta finalizar en unas delicadas flores luminosas del color de la lavanda. Se mecían a merced de alguna brisa que Jasón no era capaz de percibir, pulsando luz en secuencias que surgían del suelo y acababan en los extremos de los pétalos que destellaban con suavidad durante una fracción de segundo, para después comenzar otra vez. Era hermoso, extraño y temible. Más allá de su comprensión. Algunas abejas de tamaño irreal libaban aquí y allá del néctar de las flores ultraterrenas. La luz de estas no parecía molestarles, más bien lo contrario.

—Estamos en tierras de hadas o duendes. No puede ser otra cosa.

—farfullaba atónito Torben. Pero no dejó de correr detrás del huérfano. Jasón, por su parte, agradecía la excusa del paisaje para no tener que mirar el rostro contraído de dolor del joven cabrero. Al menos en esa zona hacía bastante más fresco y el aire era limpio. Las plantas, si es que lo eran, resultaban casi tan altas como ellos y se apartaban a su paso como una cortina viva que buscara eludir su proximidad.

—El suelo, Jasón. —Le avisó Torben con voz fatigada.

—Lo he visto.

Había percibido la nota metálica apenas Kaj puso un pie en la pradera. Ya no era tierra ni roca lo que tenían debajo de ellos. Caminaban sobre una superficie que semejaba una cúpula invertida de metal trabajado aunque era difícil apreciar su superficie al estar cubierta por aquella vegetación prodigiosa. De cuando en cuando topaban con salientes extraños surgiendo del suelo y con algo que le recordó vagamente a una viga. Alzó la vista y distinguió formas sujetas del techo por algún tipo de anclaje. Los

mismos que había visto rodeando un enorme cilindro metálico agrietado que acababan de rodear y con aspecto de haber sido partidos.

«Me recuerda un poco a las bodegas de los grandes barcos que describías en tus historias, abuelo».

«Puede, pero esto no es un buque esclavista, mi querido nieto. Esto es algo ajeno a nuestro mundo»

El muchacho se estremeció mientras la duda hacía presa en él. Era la primera vez que la «voz» de su abuelo dejaba traslucir miedo.

Torben tropezó y calló sobre una de sus rodillas. Se puso en pie despacio, pese a todo su esfuerzo, pero se notaba que el aliento no le llegaba.

—Lo siento. Me temo que correr no es lo mío —dijo blanco como la cera.

Kaj miraba por encima de ellos en dirección a la entrada que habían dejado atrás.

—No lo veo —dijo—, pero tampoco sé si soy capaz.

—La hierba —Se le ocurrió a Jasón—. ¿Se aparta la hierba?

El huérfano abrió los ojos sorprendido por no haber pensado en ello y se colocó de puntillas con los ojos entrecerrados.

—No. No hay nadie abriéndose paso a través de la pradera—informó— ¿Es así cómo te has dado cuenta de que nos seguía?

Jasón asintió mientras se pasaba el dorso de la mano por la boca:

—Me di cuenta de que el problema no era escucharlo a él. O a eso. Lo que sea. Mas bien en descubrir lo que ya no estaba.

—Maldito sea si entiendo algo. Hablad claro. Los dos. —exigió Torben molesto.

—Pasillo abajo, muy detrás de nosotros, una sola gota caía con regularidad casi perfecta sobre un diminuto charco que después se desangraba por las grietas del suelo. La venía escuchando a lo largo de este último tramo. Un tac-tac perfecto que desquiciaba mis nervios sin yo saberlo. Y de repente, cesó. No es que se hubiera apagado poco a poco conforme nos alejábamos, no. Se extinguió por completo.

Se giró hacia el resto:

—Eso solo puede indicar que alguien o algo se interponía entre ella y el suelo. Os digo que el Guerrero Pálido estaba allí, observándonos.

—Podría ser una de esas lombrices, abejas o cualquier otra cosa. Estoy seguro de que Kaj ha mirado en tu dirección para averiguar qué te ocurría y no ha visto nada tampoco. —argumentó Torben.

—Porque no puede verlo. De la misma forma que yo no puedo escucharlo. Mirad, pasó por nuestro lado cargando con el pesado cadáver de Soren y ni nos dimos cuenta...—contestó Jasón—. Creo que no podemos percibirlo por nuestros sentidos a menos que él así lo desee, pero...

—...pero sigue ocupando un lugar y un espacio tangibles —intervino Kaj pensativo—. No podemos detectarle a él pero sí a su influencia en el entorno. Este lugar sería perfecto para enfrentarlo si tuviéramos con qué.

Observaron en silencio la pradera biolumiscente mientras trataban de recobrar el aliento. Lizeth consiguió acariciar a una de las plantas, tan alta que le sacaba una cabeza, y al deslizar de su mano sobre el tallo este se iluminó con una luz violeta intensa.

—Estas plantas aún añoran la vida en la superficie. Se mecen a sí mismas en recuerdo de la brisa que ya no les llega. —suspiró la muchacha—. Qué lugar tan extraordinario y sobrecogedor a un tiempo. Casi me dan lástima pese a su belleza.

—¡En pie, todos! —ordenó Kaj—. La niebla asoma en la abertura por la que entramos aquí.

Un par de aquellas enormes abejas salieron volando sorprendidas por los gritos y pasaron rozando el rostro de Jasón que casi no lo advirtió, pendiente como estaba del avance de la niebla. Una mano blanca descomunal se apoyó en una de las paredes mientras aquél ser se inclinaba para acceder a la caverna donde se encontraban. Al menos le sacaba un metro de altura a Torben. Quizá más. Incluso a través de la distancia casi sintió quejarse a la piedra bajo la tensión de aquellos dedos con uñas cuadradas que parecían tallados en mármol.

Sacudió la cabeza, casi hipnotizado por su imponente presencia. Volvió el rostro hacia los demás y los vio paralizados a su vez, como animalillos atrapados en una jaula. Rechinó los dientes, recurriendo a toda su fuerza de voluntad:

—¡Reaccionad! —gritó, haciendo que más abejas se alzaran en un vuelo frenético y amenazador.

Empujó la camilla obligando a Torben a caminar.

—Kaj, ¡Kaj!, vamos, guíanos. Sácanos de aquí, malditos sean esos ojos tuyos. Coge a Lizeth de la mano, que no lo mire. —Iba rugiendo órdenes, forzándoles a moverse.

—¿Es un encantamiento? —murmuraba la chica dejándose arrastrar—. No es un encantamiento, pero embota la mente y el espíritu.

—Me da igual lo que sea, corred como si no hubiera un mañana. Tenemos que despistarlo de alguna manera, buscar donde escondernos —dijo Jasón.

—Me está señalando, me está señalando —dijo Torben con voz trémula con el rostro vuelto hacia atrás.

—Torben, mírame, mírame a mí —pidió Jasón a su amigo.

Este se volvió hacia el con dificultad manifiesta.

—Te necesito amigo, necesito tu fuerza. —Su tono se volvió suplicante—. No cedas ahora.

El aprendiz de herrero parpadeó, de repente concentrado, y regresó la mirada al frente y apretó el paso.

—Este paraje finaliza allá delante, detrás de esas estructuras con líneas de luz en su superficie. Hay una salida oculta en el muro de metal negro —gritó Kaj sin dejar de correr sujetándose las costillas con una mano. De la otra llevaba a Lizeth que cojeaba cada vez de forma más pronunciada. La lesión durante el descenso huyendo de los lobos le estaba pasando factura.

«Maldita sea, tan pendientes del chico estábamos que no hemos mirado por nosotros», se reprendió en silencio. El brazo donde el lobo le hincó los colmillos le ardía y el dolor hacía horas que lo mantenía a raya a pura fuerza de voluntad. Gracias a los dioses que no sangraba... aunque debería. Apretó los labios.

«Un problema por vez. No he tenido ocasión de retirarme el protector sin llamar la atención del resto. Es un milagro que Torben no me haya preguntado por la herida».

«No estamos teniendo tiempo para pensar. Nos vemos impelidos de una situación de riesgo a otra, como deslizarse pendiente abajo en un trineo que no podemos detener»

—¿Viene tras nosotros? —Jadeó Torben bamboleándose frente a él.

Jasón vio que se aproximaban a lo que desde en la distancia le había parecido una enorme cordillera montañosa cubierta por nubes grises. Pero en realidad era tal y como Kaj lo había descrito, una enorme pared metálica. Una estructura que desafiaba todo lo que creía conocer sobre construcciones, coronada por vapor que se arremolinaba cerca del techo. Pronto sintió el agua fina que se precipitaba sobre ellos por la condensación, como una falsa lluvia.

—No lo sé —contestó al fin Jasón con voz estrangulada por la falta de aire en sus agotados pulmones.

Cuando Kaj se detuvo frente a la pared y comenzó a palparla buscando algo, el resto se desmoronaron como uno solo. A duras penas fueron capaces de depositar con relativa suavidad la parihuela en el suelo.

Lizeth acercó su rostro al del muchacho convaleciente.

—Aún respira, pero apenas le queda aliento. —Atinó a decir.

—Ya, bueno, los demás estamos igual. —respondió sin pensar Torben, ganándose una débil patada por parte de la joven.

Jasón se incorporó con dificultad y reunió la suficiente presencia de ánimo como para girarse a otear el horizonte detrás de ellos. Le asombró comprobar que la niebla apenas se había extendido sobre la parte más alejada de la pradera de cristal viviente y que la figura del enorme guerrero seguía perfilándose en la entrada. No fiándose, observó el movimiento de las plantas pero no vio nada anormal. Nada se había pasado entre ellas. Aún.

—¿A qué juega? —murmuró para sí.

—¿Qué buscas? —preguntó Torben desde el suelo a Kaj, viéndole correr de un lado a otro de esa parte de la pared, moviendo las manos de forma extraña.

—Si lo encuentro, lo verás. —respondió aquel de forma críptica. De repente, una franja de luz roja se encendió en la superficie del muro, casi a la altura de la cabeza del huérfano. Jasón saltó hacia atrás de forma instintiva:

—¿Pero qué? —exclamó.

Kaj lo ignoró y se limitó a poner sus manos a cierta distancia de la luz, manteniendo una postura extraña. Entonces el trampero advirtió que una delgada línea de color escarlata iluminaba las manos de su amigo y, con

un profundo quejido y una vibración que se expandió por toda aquella estructura, una delgada línea oscura de separación apareció en el muro a casi cuatro metros de altura.

—Se abre... una puerta. Es una jodida puerta enorme. —jadeó incrédulo el herrero.

Kaj se desplazó unos metros más allá de donde se encontraban y alzó un saco de arpillera que tenía camuflado en el suelo junto a un extraño y reluciente recipiente metálico de varios metros de envergadura. Al regresar, llevaba consigo varias cuerdas de considerable longitud.

—¿Cuánto tiempo llevas explorando este lugar? —Se maravilló Lizeth al ver que no dudaba en atar la cuerda a uno de tantos tubos metálicos que recorrían el suelo de punta a punta.

—El suficiente, espero. —Fue la respuesta. Luego, lanzó el otro extremo de la cuerda por encima del muro, por el hueco de la puerta, y se giró hacia ellos:

—Esto es lo que haremos.

Capítulo 8

REVÉS

N

o hablaban. No podían. Era difícil saber si era por la sorpresa, por temor o a causa de un equivocado sentido de la reverencia. El aire sabía extraño, limpio pero viejo y dejaba un molesto regusto amargo y seco en la garganta. Solo se escuchaba la trabajosa respiración del hijo del cabrero empeñado en seguir vivo contra todo pronóstico y las voces extrañas, musicales pero ásperas, que llenaban aquella sala. Imágenes de luz surgían de diferentes puntos de la misma mostrando aquellos rostros tan similares a los suyos y, a la vez, tan distintos.

La puerta se había cerrado detrás de ellos sin ninguna ceremonia una vez que Kaj recuperó las cuerdas. Lo más duro había sido bajar la parihuela con su inerte contenido a través del profundo pozo por el que el huérfano les había hecho descender. Pese a los mil y un asideros, sin sus cuerdas no lo habrían logrado.

Luego, en algún punto durante el recorrido posterior, Lizeth había comentado que los techos parecían mucho mejor preparados para transitar a pie que la ruta que estaban tomando. Entonces Kaj los guió en silencio a aquella sala iluminada de índigo y turquesa y las cosas tuvieron

de repente todo el sentido del mundo, y ninguno. Al mismo tiempo.

—Os dije que este lugar me había concedido dos de los tres dones con los que la existencia me había bendecido —explicó en voz baja mientras entraban despacio y con precaución.

—El primero vino de mi madre. La vida. Ese era obvio —dijo comenzando a rodear aquella sala por uno de sus laterales. En el centro de la misma y colgando boca abajo del techo, se divisaban dos especies de tronos ciclópeos con un diseño intrincado que parecía surgir del mismo metal al que estaban conectados.

—El segundo, fue el de la visión, estos extraños ojos míos. Ese se manifestó aquí dentro por primera vez, cuando estando perdido y hambriento creí morir en la soledad de la gruta de ahí fuera.

Había avanzado hasta posicionarse justo debajo de ambos sitios, mirando hacia arriba.

—El tercero, fue la revelación. El conocimiento de que hasta los dioses mueren como cualquiera de nosotros. Lo que para mi forma de pensar, nos iguala a ellos. Ya no volví a rezar, si es que alguna vez lo hice.

Los asientos estaban ocupados. Lizeth ahogó un respingo cuando una mano enorme y muerta le rozó los cabellos.

Dos humanoides gigantescos, ataviados con armaduras o algo similar, colgaban boca abajo con sus brazos extendidos. Sus armaduras se encontraban fundidas en parte con los asientos, lo cual los mantenía en su sitio.

Los rostros serenos, nobles incluso, parecían tallados en granito gris por algún artista dotado de forma extraordinaria.

—Creo que el aire frío y seco de este lugar los ha preservado así —explicó Kaj—. De lo contrario estaríamos ahora mismo sosteniendo sus cráneos.

—Dudo que pudiéramos sostener sus cabezas ni entre dos personas. Son, son... ¡gigantescos! —comentó Torben, perplejo.

—Pareces muy satisfecho con su contemplación. —murmuró Lizeth a Kaj.

—Bueno, ponen las cosas en perspectiva, ¿no crees? —respondió el huérfano.

Jasón no los escuchaba a ellos, se había ido acercando poco a poco a una de las «*¿ventanas?*» más pequeñas que parpadeaban en aquella sala. En sus oídos la secuencia del mensaje que un rostro femenino de rasgos

duros repetía una y otra vez. Como una canción.

—¡Es la tonada del chico del cabrero! —La identificó de inmediato.

—Sí —Asintió Kaj—. Por eso tuve clara la ruta a seguir. Las malditas Nornas nos han empujado a esto. ¿De qué otra forma, si no, iba el chico a conocer la melodía? Han querido arrastrarnos aquí desde el principio.

—Las Nornas —dijo Torben con temor reverencial y sin dejar de contemplar los cadáveres—. ¿Esto es un bajel de los dioses?

—¿Qué, si no? —contestó Kaj—. Algo ocurrió que los derribó de los cielos hace mucho, mucho, mucho tiempo. Quizá incluso antes de que nuestro asentamiento se creara.

—No veo runas —Se obcecó Torben—. Los dioses usan la escritura. Y no veo nada semejante aquí.

—No pretendas creer que los dioses nos transmitieron todo cuanto sabían. Hay lenguaje en estas paredes, solo que no lo entendemos. —. Contestó la muchacha.

—En cualquier caso, no importa. Lo que nos interesa está por ahí arriba. —dijo Kaj señalando una abertura en la sala, casi frente a los gigantes fallecidos.

—¿Notáis la corriente de aire? Ese agujero acaba en una chimenea natural. Es estrecha y empinada en algunos tramos, pero pasaremos todos, incluida la parihuela y saldremos a una cavidad más grande y próxima al pueblo.

—Pronto dormiréis en casa.

□ • □

El ascenso no estaba resultando sencillo ni mucho menos. Conforme progresaban a través de la chimenea se fue haciendo patente el profundo estado de agotamiento en el que se encontraban todos. No podían dejar de arrastrarse ni de empujar la parihuela que se empeñaba en resbalar hacia atrás; si lo hacían, el sueño los sorprendía de improviso.

Hasta el momento se habían ido animando los unos a los otros, con gritos, con susurros y alguna torpe chanza por parte de Kaj o Torben, pero Jasón notaba que el aire fresco que descendía desde el exterior cada vez los despejaba menos y los silencios eran mucho más prolongados. Las cabezas tendían a tocar tierra y los ojos a cerrarse casi a cada palmo de tierra que conquistaban en su avance. Sus cuerpos y sus mentes exigían

descanso a gritos.

"*Aún no, aún no*", se repetía como un mantra una y otra vez. Se mordió la lengua hasta que los ojos le lagrimearon, hundió los dedos en las heridas que le hizo el lobo buscando que el dolor le desentumeciera la consciencia... pero aún había algo más que lo corroía por dentro.

"*¿Qué te inquieta, aparte de lo evidente?*", le interrogó la voz de su abuelo.

Jasón se tomó su tiempo para contestar, luchando por poner orden en sus pensamientos a través de la neblina con la que el cansancio los envolvía:

"*El metal, eso me inquieta. Se hundía hacia dentro, como si algo se hubiera abierto paso hacia el interior de aquella sala*".

"*Bueno*", respondió su abuelo, "*si la teoría de Kaj es cierta y el buque participó en una batalla, lo lógico es que algún objeto perforara el casco*".

"*Ya...*", respondió él. "*Pero, ¿no hubiera causado más daños en el interior?, ¿no habría restos o marcas de fuego o del mismísimo proyectil? Y esta salida, alineada a la perfección con la abertura... ¿cuántas posibilidades hay de que algo así ocurra de forma natural?*"

La voz de su abuelo guardó silencio por un rato, como meditando, y Jasón lo aprovechó para palpar a ciegas el suelo y las paredes de tierra y roca mientras Torben aguardaba a que Lizeth avanzara un poco más. Sus manos se detuvieron cuando tropezaron con una sección de roca en la pared del estrecho túnel. Le había parecido notar algo raro, unas estrías o un patrón que se repetía.

—¿Surcos? —susurró sorprendido. Colocó su mano dentro de uno de ellos y tragó saliva. Casi parecía que...

—¡Luz! —gritó de improviso Kaj—. ¡Ya llegamos, la salida está cerca!

Una ráfaga de aire frío llegó hasta su posición como último de la fila, pero no tenía claro si era tan solo eso lo que hacía que sus dientes entrechocaran de forma tan violenta.

Aun así, aceleró el paso empujando frente a sí la parihuela y al joven cabrero cuya respiración se había hecho tan tenue en la última hora que hasta a él le costaba percibirla. Kaj y Lizeth habían salido ya del agujero y Torben luchaba por izarse fuera del mismo con la ayuda de ambos, cuando todo se precipitó y los temores de Jasón se materializaron en la forma de una enorme sombra de piel pálida.

□ • □

Pasó entre Kaj y Lizeth como un viento oscuro, derribándolos con tanta fuerza que rodaron fuera de su camino antes de ser capaces de gritar o avisar de su presencia.

Agarró al desprevenido Torben por la cabeza con una sola y enorme mano, como quien sostiene una liebre de las orejas. Y lo mantuvo en el aire unos instantes, tal vez evaluándolo. Después, resolvió lanzarlo hacia atrás sin miramientos y el muchacho voló a través de aquella nueva caverna hasta chocar contra una pared llena de rocas afiladas.

Jasón apenas escuchó ni vio nada, forcejeando para hacer retroceder la parihuela y su contenido al interior del túnel, fuera del alcance de aquella cosa mientras sus instintos por proteger al chico herido se enfrentaban a la fría voz de su lógica interna:

"¡Basta!, No servirá. Fue el Guerrero Pálido el que creo este túnel, el que horadó de forma imposible el casco de aquel extraño navío celestial... regresar es inútil".

—Y entonces qué... ¿dejarle morir? —Se contestó a sí mismo sin dejar de luchar con el peso muerto del cabrero.

No tuvo tiempo para más, una fuerza descomunal y arrolladora se apoderó de la precaria camilla y la sacó de un tirón fuera del agujero, arrastrándole con ella hasta la superficie. La parihuela golpeó el suelo, astillándose sus travesaños y dejando el cuerpo del chico tirado y enrollado a medias en los restos de la capa de Lizeth. Jasón había quedado con medio cuerpo fuera del túnel, apoyado sobre sus codos, observando impotente como aquella mole de piel blanquecina y músculos como rocas se inclinaba a olisquear al convaleciente. Tan débil se encontraba ya el muchacho que ni siquiera se había quejado del brutal impacto.

—¡No lo toques! —aulló Jasón arañando el suelo, buscando agarre para poder salir del orificio en la tierra.

Un gutural grito de guerra se escuchó en un lateral y Torben apareció con el rostro cubierto de sangre y alzando el hacha sobre su cabeza. Su ataque fue rápido y certero, pero apenas si consiguió clavarla unos centímetros en el hombro izquierdo del Guerrero Pálido que se lo sacudió de encima como si fuera un mosquito.

Temiendo por la vida de su amigo, Jasón saltó sobre la espalda todavía inclinada de aquel ser, agarrándose de su grueso y duro cuello. Aquello era como abrazar una estatua de piedra salvo porque notaba los poderosos tendones actuando bajo la piel y, en un momento de lucidez,

determinó que aquel ser, aquel hombre, estaba vivo de alguna manera.

Apretó su presa con la fuerza que le otorgaba la desesperación:

—Si estás vivo, puedo matarte, imaldito seas! —rugió casi demente.

Su loco ataque le había dado tiempo a Torben para rehacerse y volver a la carga con el hacha, atacando el costillar de aquella mole, pero sus golpes apenas si dejaban pequeños arañazos sobre la piel del monstruo.

—¡Cae, maldito, cae! —gritaba el herrero arremetiendo una y otra vez con furia.

El Guerrero Pálido movió una mano desdeñoso y con una sola bofetada hizo retroceder a Torben. Luego, subió la otra mano hasta su cuello y agarró y lanzó a Jasón por encima de su cabeza. Sin ningún esfuerzo.

La cabeza de Jasón golpeó contra el techo de la cueva y cayó al suelo casi inconsciente, con un pitido en los oídos que se le introducía en el cerebro como una aguja candente.

Kaj, o al menos eso le pareció dentro de su aturdimiento, se lanzó a los pies del pálido, sujetándole de un tobillo y golpeando con sus pies a la otra rodilla, buscando desequilibrarlo y hacerlo caer. En vano. Lo mismo podría haber pateado a la montaña.

Jasón luchaba por incorporarse, pero el mundo daba vueltas sin sentido y el estómago se le volvió del revés. Vomitó lo poco que aún retenía su cuerpo mientras se apretaba la cabeza entre las manos tratando de parar aquel giro vertiginoso y angustiante.

Unas manos frías y suaves le sujetaron las sienes desde atrás y creyó oír cantar a Lizeth. O rezar. O puede que hiciera ambas cosas a un tiempo. Hasta que Jasón sintió su cráneo explotar y se desplomó sin conocimiento hacia adelante, como fulminado por un rayo.

No sabría decir cuánto tiempo permaneció de esa manera, solo fue consciente de que escuchaba maldecir a la voz de su abuelo allá a lo lejos y del choque del metal contra el metal, de la melodía de una batalla encarnizada.

"¿Alguien ha venido a socorrernos?", se preguntó confuso, parpadeando. Lizeth estaba junto a él, sentía su mano en el pecho, reconfortante. Pero ella se deshacía en lágrimas y estaba blanca como la muerte.

—¿Lizeth, que ocurre muchacha? —dijo tratando de incorporarse.

Ella no respondió, tenía la otra mano cerca de su sexo y debajo de su falda se extendía un gran charco de sangre oscura, casi marrón bajo aquella tenue luz.

Antes de que pudiera preguntarle nada más, escuchó una orden detrás de él:

—¡Despierta de una vez, muchacho, y saca a tus amigos de aquí! Tenéis que llegar a los límites del pueblo, allí no puede seguirnos.

El chico se volvió, incrédulo ante la voz que escuchaba por primera vez fuera de su cabeza.

—¿Abuelo? —murmuró.

La escena que se mostraba ante sus ojos era de una irrealidad tan manifiesta que su mente se retorció e intentaba enfocar cualquier otra cosa antes que seguir contemplándola, pero el reclamo de la presencia de su más querido pariente lo mantenía atento a la misma:

El Guerrero Pálido sangraba ahora por varios puntos. Una sangre azul, casi negra. La misma que goteaba de la espada fantasmal que sostenía su abuelo frente a sí. Vestía sus galas de guerrero tal y como lo había hecho en su juventud como mercenario y la capa negra ondeaba a su alrededor como si un viento furioso la agitase. Intercambiaron una serie rápida de golpes y fintas, pero la espada del viejo siempre lograba detener el hacha doble que ahora esgrimía el monstruo.

—No era momento ni lugar, jovencita. Ni las formas. —Comenzó a reprender a Lizeth mientras combatía contra aquella cosa que pugnaba por acercarse a los chicos—. Apenas soy una sombra de lo que hubieras podido traer a la luz si hubieras usado mis viejos huesos. Si hubieras abierto mi maldita tumba estando preparada: *iDraugr!*, eso debería haber sido yo, pero ya no hay tiempo.

Ejecutó una serie de molinetes con la espada que forzó a la criatura a retroceder contra la pared. Tan rápido que la mano y la espada eran una línea de luz dibujada en el aire; tan intrincada y hermosa que Jasón no pudo menos que envidiar la habilidad de su abuelo con el acero.

—Ni siquiera es mi verdadera espada, tan solo el recuerdo que de ella guardo... —Lo escucharon lamentarse.

Se volvió hacia ellos y gritó:

—¡Lo retendré en este lugar, el juramento le ata tanto como a nosotros y no puede acercarse al pueblo. No ahora que tiene aquí a su sacrificio

legítimo.

Jasón se estremeció al ver agitarse el cuerpo del chico moribundo entre los pies del enorme guerrero sin rostro y los de su abuelo, como si fuera el auténtico terreno en disputa. Kaj y Torben ya estaban a su lado, ayudando a levantarse a Lizeth.

—¡No! —protestó Jasón—. ¡Tiene que haber otra forma!

—No la hay, no la hay —sollozó la chica con las manos llenas de sangre—. He hecho cuanto he podido. He entregado lo que tenía y lo que no.

El rostro del abuelo de Jasón pareció suavizarse antes de decir:

—Lo sé, mi niña, lo sé. No pretendía acusarte. La que habla es la frustración de un viejo ante la perspectiva del olvido definitivo. Este es mi último combate, uno más de lo que podía esperar. Y lo doy por bueno si salís todos con vida de aquí.

Y dedicando una última mirada a su nieto, le dio la espalda a su enemigo y alzó la espada sujetándola con las dos manos sobre su cabeza:

—El sacrificio está sellado, que los dioses se apiaden de mí y del muchacho.

Y hundió la espada con fuerza en el corazón del herido, hasta llegar a la roca de la caverna.

Capítulo 7

CAZADORES DE TORMENTAS

C

uando su memoria llegaba a ese punto, siempre le asaltaba la misma duda. ¿Quién había gritado más al penetrar la hoja fantasmal en el pecho del hijo del cabrero, de Clemens?, ¿el chico al sentir su corazón partido en dos por el frío acero?, ¿Lizeth, que había pagado un precio terrible por traer a su abuelo de regreso al mundo de los vivos y del que aún no era ninguno consciente en ese momento?

—¿Yo? —Se preguntó Jasón mientras sus pies se internaban al fin en el pequeño valle que servía de frontera entre las laderas de los dos picos principales de la cadena montañosa que rodeaba el pueblo—, ¿al sentir que habíamos traicionado todo aquello que me enseñaron, lo que más valoraba?

"Fuerza para los desalentados, esperanza para los oprimidos, justicia para los excluidos", recordó cómo salmodiaba su abuelo frente al fuego en las noches de invierno de su niñez. Cuando bebía con admiración de los reflejos que las llamas arrancaban a la hoja de su espada mientras la afilaba con mano experta y parsimoniosa.

—Me fallaste —Se dijo mientras sus piernas se hundían hasta la rodilla en la nieve a los pocos pasos—. Les fallé a todos.

Comenzaba a lamentar el no llevar encima sus viejas raquetas de nieve, pero hubiera llamado mucho la atención si le hubieran visto salir con ellas a la espalda. Habría acabado con el aspecto a improvisación y pánico ciego que esperaba poder imprimirle a su supuesta fuga. Alzó la cabeza siguiendo las volutas de su aliento y admiró el cielo del color del hierro cuya luz comenzaba a declinar con rapidez.

"Comienza a oscurecer. Mejor me apresuro o la noche me sorprenderá al descubierto. No esperaba tanta nieve, la verdad", suspiró.

"Tampoco te esperabas aquello...", le susurró una parte de su mente. Una que ya no estaba habitada desde que Lizeth arrancó el alma de su abuelo de su cabeza. Un páramo de recuerdos a medias y sensaciones agrisadas por las que evitaba transitar a menos que fuera preciso. Las memorias de un hombre muerto no son un lugar agradable donde perderse. Pero, ahora, esa memoria le hablaba tal y cómo lo había hecho el espíritu de su abuelo en aquellos días. Y parecía regodearse con su dolor y su zozobra.

"Dime", insistió.

"¿Por cuánto tiempo estuvisteis gritando tú y la chica, golpeando fútilmente las rocas que bloquearon el acceso a la cueva cuando el impacto de la espada en el suelo causó un derrumbe?"

"¿Cuánto tiempo pasó hasta que fuisteis capaces de volver siquiera a miraros a los ojos sin avergonzaros de vosotros mismos?"

"¿Cuánto tiempo transcurrió hasta que os rehicisteis?"

Jasón apretó el paso, devorando kilómetros pese a la nieve blanda y traicionera; decidido e inexorable en su juventud y en su fría ira.

—¿Quieres saberlo? —contestó en voz alta para acallar a los recuerdos que se agolpaban en el límite de su conciencia—. Poco. Porque teníamos un objetivo, una meta. Un enemigo y una venganza.

El llano quedó atrás y el chico se internó una vez más en el bosque. No se dejó engañar por el silencio y el recogimiento que le mostraba. Pese a la nevada, pronto herviría de actividad. La mayoría de los animales

comienzan a moverse hacia el atardecer, discretos y prudentes buscando el amparo de la oscuridad.

Aún se encontraba lejos de su objetivo, pero algunos árboles ya crecían extraños y retorcidos y en su interior ardía algo semejante a un fuego verde que los consumía y transformaba al mismo tiempo.

"Y después, un día, el arbusto habrá crecido más alto y frondoso que cualquiera de sus congéneres. Y sin embargo, será más débil y quebradizo que sus predecesores", sentenció la voz de la memoria, la memoria de un hombre muerto.

□ • □

—Llegas pronto. —Escuchó Jasón una voz procedente de las alturas.

Levantó la mirada y escrutó las copas de los árboles y las ramas cargadas de nieve a sabiendas de que no vería nada.

—¡Kaj! —saludó pretendiendo parecer risueño—. Y yo creyendo que andaba retrasado.

El rostro de su amigo apareció entre las hojas de una de las ramas más altas y frondosas. Vestía de verde oscuro y pardo y se cubría con una capa de lana de color gris claro.

—Los demás están en un claro a diez minutos de marcha de aquí. Hemos montado un pequeño campamento mientras esperábamos a que amainara la tormenta.

Jasón asintió:

—Lo peor aún está por venir. Esto no es más que un aviso de lo que se aproxima.

Le pareció que su amigo se encogía de hombros mientras volvía su mirada de nuevo hacia la llanura que él acababa de recorrer.

—Te han seguido... pero ya lo sabías, ¿no? —Le dijo sin mirarle, atento a las evoluciones distantes de una figura solitaria que avanzaba con rapidez sobre la nieve. Jasón siguió su mirada hacia el pequeño punto móvil.

"Ha sido previsor y lleva sus raquetas. Siempre ha sido muy metódico, no importaba cual fuera la tarea".

—Lo sé —suspiró—. Llevo escuchando su corazón y su respiración desde

que bajé de la montaña. Igual que venía escuchando el tuyo. Acelerado.

Lo miró inquisitivo:

—¿Habéis vuelto a discutir Lizeth y tú?

Los labios de Kaj dibujaron una fina línea de tensión, pero lo vio sacudir la cabeza y relajar los hombros mientras decía:

—Nada que no sepas o que no podamos solucionar nosotros.

El chico lo intentaba, pero no podía dejar de intentar sobreproteger a Lizeth desde lo ocurrido bajo la montaña. Y maldita sea si ella necesitaba protección alguna. De todos ellos era la que más había cambiado y crecido. En todos los aspectos.

"El amor te hace perder la objetividad, supongo", pensó Jasón.

Ambos se habían mostrado muy unidos al final de su periplo subterráneo, incluso antes de huir del Guerrero Pálido. Luego, se habían convertido en pareja. Furtiva, por supuesto. O el padre de Lizeth hubiera destripado al muchacho como un pez de saber que andaba enredando con su niña pequeña.

—Puedo disuadirle de entrar en el bosque... si quieres. —Se ofreció Kaj colocando una flecha en su enorme arco negro. Estaba cambiando de tema descaradamente.

—No, déjale que nos siga hasta dónde están los demás —Le pidió Jasón tras considerarlo un momento—. Hay cosas que necesitan ser dichas antes de poner fin a todo esto.

Kaj guardó la flecha en el carcaj que le colgaba a media espalda y retiró la cuerda del arco para guardarlo en su funda.

—Como desees, pero está dejando señales allá por donde pasa. Nos echará encima a la pandilla del alcalde antes de estar preparados.

—En realidad —contestó Jasón—, cuento con ello.

□ • □

Jantzen rompió, sin apenas detenerse, una de las ramitas del arbusto por tres sitios diferentes. La nieve arreciaba y no creía que sus huellas permanecieran visibles por mucho más tiempo.

"En la cuadrilla del alcalde hay uno o dos que son capaces de seguir un rastro. No deberían tener dificultad en seguir el mío incluso con este

tiempo”, meditó.

“Es a tu hijo al que estás traicionando”

El viento había cambiado tan pronto como había abordado la llanura y ahora le azotaba el rostro sin piedad, cada copo un pequeño proyectil gélido que arañaba su piel.

—No —gruñó—. Estoy protegiendo a mi mujer y a los pequeños. Jasón ha tomado su decisión y nos ha dejado a nuestra suerte. Ya no es mi hijo, solo un problema a resolver.

“Lo estás vendiendo. A cambio de falsas y precarias promesas de seguridad”

—¡No! —gritó al viento, irritado consigo mismo.

“¿Seguro?, ¿y qué sucederá cuando le toque al siguiente de tus hijos?”

—Faltan años... —protestó.

“También faltaban muchos entonces para que Jasón entrara en el sorteo. Pero aquí estamos...”, prosiguió inmisericorde una parte de sí mismo.

Cuanto más dudaba, más se esforzaba en avanzar y vencer a la nieve. Como si aferrarse a la decisión tomada dignificase de alguna manera su oscuro cometido.

“Traidor”

“Cobarde”

—¿Qué estás haciendo, chico? —dijo en voz alta para sustraerse a su diálogo interno—. ¿Por qué te diriges ahora al norte? En los pantanos del este previos a las llanuras hubieras podido despistarme con más facilidad.

Aunque tenía que admitir para sí mismo que seguirle el rastro estaba siendo increíblemente complicado. Dudaba de que hubiera podido hacerlo en caso de haberse demorado un poco más en la casa. Incluso frescas, sus huellas eran insignificantes y casi inapreciables. Con la nieve, ya era cuestión de intuición. Pero...

—¿Por qué al norte, qué llevas en la cabeza?, ¿quién te crees que eres? ¿Acaso buscas luchar? No, no. Huir es lo que haces, colocándonos a tu madre y a mí en un brete complicado de veras.

—Un maldito egoísta —alzó la voz—. Como tu abuelo.

"¿Es egoísmo querer conservar la vida, no entregarse a la muerte sin más, como un cordero?"

—El que le rezaba al cordero no era yo —bufó hablando solo—.
Recogemos lo que sembró en el chico: la fábula, el relato y la discordia.
No hubo un solo día en que mantuviera sus promesas.

"Tu hijo sí, tu hijo sí. ¡Siempre!", parecía aullarle el viento.

Era difícil determinar qué tormenta arreciaba con más fuerza, si la que rugía a su alrededor o la que lo zarandeaba desde dentro.

En su aturdimiento llegó al amparo del bosque. Se detuvo con la mirada fija en el perfil del mismo, los árboles juntos y apretados como la infantería de un ejército que aguardara la orden de avanzar. Las copas densas, impenetrables y cargadas de nieve que solo hacían aumentar la sensación de ser vigilado que aquel lugar le producía.

—No soporto este sitio antinatural —maldijo en voz alta—. Sé que me escuchas, maldito bosque con el corazón emponzoñado. Lo poco que aquí he cazado aparentaba estar sano y fuerte, pero por dentro estaba repleto de pústulas y tumores negros. Más calientes los cuerpos de lo que sería natural. Hasta después de muertos desprendían un calor febril. Todo en ti está podrido.

Quedó allí, de pie, sopesando sus opciones. Intentando adivinar qué podría llevar a su hijo a escoger ese camino en su huida.

"¿El paso del noroeste quizá, dando un gigantesco rodeo para no tener que cruzar el pueblo? No, el alcalde lo tiene siempre bajo vigilancia desde lo del cabrero y su chico. Una lástima, era un buen hombre. Poco hablador, como yo. Pero él no cuidó bien de su familia".

Se estremeció al recordar su muerte. Infección en los huesos de sus piernas quebradas. Su esposa le sobrevivió apenas un año más, reducida a un pellejo de piel y hueso la que fue una de las mujeres más hermosas que recordaba haber conocido. La encontraron colgada de una viga en el interior de su vivienda.

Las malas lenguas decían que estaba encinta antes de morir, que alguien más calentaba su cama aún en vida del marido.

Sacudió la cabeza. Jantzen jamás hacía caso de los rumores. La vida de los demás le importaba tan solo en lo que a su familia pudiera afectar.

—El resto no me interesa —murmuró penetrando en el bosque—. Encontraré a mi díscolo hijo y mantendré a mi familia a salvo.

"No acabaremos como el cabrero y los suyos. Como los otros"

□ • □

Jantzen podía verlo, sentado de espaldas a él, envuelto en su viejo guardapolvo que, combinado con la nieve, lo hacía casi invisible en aquel entorno. Parecía alimentar un fuego, uno cuidadosamente preparado en una oquedad excavada en el suelo y con forma de cruz. Reconoció aquella forma de elaborar un fuego de campamento. Él mismo se la había enseñado cuando aún era un crío. La mejor forma de cocinar algo caliente en lugares donde hiciera mucho viento y además éste cambiase a menudo de dirección. Las tiendas también estaban orientadas a sotavento. Las dos.

Por eso se encontraba todavía inmóvil oculto detrás de un tronco ancho, gris y descascarillado. Aferrándose al mismo con fuerza nerviosa.

"Tiene que haber alguien más con él... ¿el dichoso aprendiz del herrero, quizá?". Torben y Jasón acostumbraban a pasar mucho tiempo juntos desde bien pequeños. Si su hijo había podido recurrir a alguien, sería a él.

Apretó los labios con disgusto. Torben siempre fue en extremo educado y un excelente herrero en ciernes, más rápido y confiable para algunas tareas incluso que su maestro que en los últimos tiempos había descuidado un tanto la forja. Sin embargo, él como mucho conseguía tolerarlo, y eso con gran esfuerzo por su parte. Su mujer y él habían discutido al respecto en más de una ocasión. Ella no entendía de sus aprensiones para con el muchacho y lo achacaba todo al odio e incomodidad que siempre había manifestado Jantzen contra su padre; el cual sí parecía apreciar mucho a aquel niño grande y de anchos hombros que se había convertido en la sombra de su nieto.

¿Cómo explicar algo que sentía en sus vísceras, una aprensión extraña cuando lo escuchaba hablar y explicarse? No tenía palabras para lo que imaginaba, así que se limitaba a refunfuñar excusas ininteligibles y a vigilar con atención los juegos de ambos niños.

"Sí, ha tenido que ser él quien montara todo esto. Quizá, hasta ha sido el causante de la decisión de huir de mi hijo"

Estaba tan concentrado que no fue hasta que sintió la punta de una daga en su espalda que cayó en la cuenta de que alguien se había deslizado

detrás de él.

—No te muevas —Le susurró una voz femenina cerca del oído—. Te aseguro que soy lo bastante rápida y diestra como para destrozarte los riñones antes de que te des la vuelta.

Una mano se apoyó en su hombro izquierdo y la presión de la daga se incrementó.

—Noto como se tensa tu cuerpo, estás pensando: *"solo es una mujer"*, ¿no? Mira a tu izquierda, Jantzen. Despacio.

El hombre volvió la cabeza hacia el lugar que le indicaban y divisó a media docena de pasos al huérfano. Saboreó la bilis cuando esta ascendió por su esófago, no tanto por la flecha montada en aquel arco enorme y que apuntaba a su cabeza, como por los ojos negros como los de un ave de presa que le observaban detrás de ella. Y por algo más...

"No sé quién es la chica, pero ese... otro vestigio del maldito pasado de mi padre. Incluso después de muerto sus acciones siguen impregnando a mi familia como una peste de la que no logramos desprendernos".

—Lo siento, padre —Se alzó la voz de Jasón desde el claro—. Pero tenemos algo de prisa y ya no podía esperar más tiempo a que tomaras una decisión.

—Andando. —Empujó la joven a Jantzen hacia el claro.

Entró en el campamento con las manos delante de él y en alto, mientras la muchacha continuaba sujetándole del hombro y ejerciendo una presión creciente sobre su riñón derecho. No bromeaba, la punta se apoyaba en el lugar correcto.

Jasón se bajó la capucha y elevó la mirada hacia su progenitor, que no pudo evitar estremecerse ante la dureza de la misma.

"No me había dado cuenta", no pudo menos que pensar, *"no me había apercibido de lo mayor que parece"*.

"Y el rostro... ¿qué se ha hecho?", se preguntó al advertir las marcas azules que cruzaban por encima de los ojos de su hijo hasta las mejillas.

Miró a su alrededor sin ningún disimulo. Torben se alzaba ahora algo más allá, cerca de la segunda tienda. Se había aproximado en completo silencio pese a su enorme tamaño. Llevaba el tórax desnudo a despecho de la criminal temperatura ambiente.

Jantzen parpadeó.

"¿Cuándo se desarrolló tanto, se hizo tan grande?", no pudo menos que admirar el trampero.

Torben lucía una poblada barba de adulto y sostenía una descomunal hacha de guerra de dos filos con una factura que jamás había contemplado en arma o herramienta alguna. El sudor le resbalaba por los formidables músculos y Jantzen dedujo que había estado practicando con el arma bajo la nevada. Tenía el cuerpo cubierto de tatuajes y símbolos extraños que no sabía reconocer.

La chica se había apartado de él y colocado al lado de Jasón. Lucía un ojo blanco pintado en la frente y mostraba las mismas líneas azules en el rostro que el resto de sus acompañantes.

—Te reconozco —dijo Jantzen—. Eres la hija de Harald, el alcalde. ¿Sabe tu padre que andas por ahí mostrando símbolos prohibidos?

Una sonrisa amarga, demasiado ácida para un rostro tan joven y hermoso se dibujó en la muchacha.

—No reconozco más parientes que a Gjerta y a los aquí presentes —contestó ella al tiempo que se volvía hacia Jasón y le colocaba una mano en el hombro—. Hablad rápido. Han sentido su presencia y acuden ligeros sobre la nieve. Pronto estarán aquí.

Jantzen vio asentir a su hijo que no dejaba de vigilarle con aquella mirada ("de pedernal") tan dura que hacía daño. Ciertamente nunca había sido particularmente cariñoso con él, ni siquiera de niño, así que no esperaba otra cosa, pero...

Aun así, aun así... algo se retorció en sus entrañas. Una incomodidad indefinible que se había instalado en su estómago desde la pasada noche.

—Tienes que acompañarme de regreso al pueblo. —Se limitó a decir. El huérfano, un poco más atrás, enarcó una ceja y miró a la chica que negó despacio moviendo la cabeza, con tristeza.

—Vuelvo a mi punto de observación —informó Kaj, dándoles la espalda.

—Bien. —Fue la lacónica respuesta de Jasón. No perdía de vista a su padre y le hizo un gesto para que se sentase junto al fuego, frente a él—. Lizeth, conténlos tanto como puedas. No sé cuánto tiempo me llevará esto.

La joven bufó con evidente disgusto, pero asintió y salió corriendo en

dirección a lo más profundo del bosque.

Aquellos detalles no se le escapaban a Jantzen, aunque para él no tenían sentido.

—¿Te siguen? —preguntó sin poder evitar mostrar sus dudas—. ¿Ellos te siguen a ti?

—Hasta la victoria o el amargo final —entonó Torben con voz grave, erguido como un héroe de los tiempos antiguos, sujetando su enorme arma con ambas manos. Vigilante del menor de sus movimientos.

La espada de Jasón (la de su padre), se encontraba apoyada de forma en apariencia casual, junto a l fuego. Más cerca de Jantzen que de Jasón.

"¿Un error o una trampa?", dudó el hombre antes de sentarse como le pedía su hijo.

—Hasta el amargo final —contestó en susurros Jasón mientras añadía más leña al fuego.

—¿Torben no se marcha también? Pensaba que iba a ser una conversación privada —dijo Jantzen con lentitud, midiendo cada una de sus palabras. Necesitaba saber en qué punto se encontraban antes de hacer nada peligroso. Intentaba con todas sus fuerzas no prestar atención a la cercana espada.

El muchacho esbozó por primera vez una sonrisa y se volvió hacia a su amigo, de pie todavía cerca de la segunda tienda.

Jantzen se tensó y su mano se deslizó un poco hacia el arma.

—Torben es capaz de partir en dos la cabeza de un oso a más de quince pasos tan solo arrojando ese hacha, padre. Piensa bien qué vas a hacer. —Le advirtió sin volverse siquiera—. Está aquí para que no sea mi mano la que acabe con tu vida si llegara el momento.

La mano de Jantzen volvió a su sitio mientras enfrentaba la mirada de su hijo. Glacial. Desconocida.

—Así es Torben, mi más querido amigo —dijo Jasón con voz neutra.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de hacer enrojecer a Jantzen.

En su imaginación se formaron muchas y diferentes escenas que lo sumieron en un estupor púrpura del que le tomó un tiempo en salir.

Fueron las palabras de su hijo las que lo trajeron de nuevo de regreso.

—¿Te he incomodado, padre?, tu corazón late más deprisa ahora. —Le interrogó Jasón con una media sonrisa bailando en su rostro.

—No te des ínfulas, muchacho. Tienes buen oído pero lo que afirmas es absurdo. —resopló Jantzen mientras batallaba por ordenar el caos que era su mente.

"Está jugando conmigo. Me conoce muy bien y usa eso en mi contra, no hay nada sobrenatural en ello", pensaba mientras trataba de serenarse.

"Su maldito abuelo era igual, enredando con las palabras hasta que conseguía hacerte dudar de la mismísima existencia".

—¿Pretendéis enfrentaros a esa cosa?, ¿es eso? —Movi6 la cabeza a un lado y a otro, incrédulo—. Entonces sois unos idiotas arrogantes. Si de verdad fueran tus amigos no los arrastrarías a este disparate sin salida.

Alzó la mirada, para incluir a Torben en la conversación:

—¿Creéis que no se ha intentado antes, que nadie se levantó en armas y trató de acabar con el terror a golpes y cuchilladas? —Giró la cabeza a un lado para escupir con desprecio—. ¡Necios!

—A sangre y fuego se enfrentaron al mal, aún más profundo en las montañas, hacia el norte que no acaba. —Continuó, alzando cada vez más la voz—. Subían las columnas de hombres y mujeres portando antorchas, una gigantesca serpiente de luz cuyos anillos rodeaban la montaña tal y como *Jörmundgander* debe de hacerlo con el mundo. Se alistaron de todas las aldeas. Cualquiera que tuviera la edad y la templanza para sujetar un arma fue declarado apto.

Jantzen interrumpió su relato al percibir un breve intercambio de miradas entre los dos muchachos:

—Sí, no me miréis así. Años atrás esta era una comarca muy distinta a la que conocéis en la actualidad. Asentamientos al este, al sur e incluso más al norte convivían con el nuestro. Tribus nómadas que pasaban el invierno en las llanuras frente a la entrada del valle, no muy lejos de los pantanos. Todos ellos sufrieron el embate de la oscuridad y sus pérdidas, tan terribles como las nuestras, los unió y empujó a una venganza ciega alentada sobre todo por tu abuelo y su camarilla de amigos extranjeros. *"Acabaremos con él",* dijeron. *"El mal no ha de prevalecer ante el valor de los hombres y mujeres de esta región..."*

Calló, sudoroso y en pie, mirando a ambos a través de las llamas del fuego de campamento que de repente estaba tan alto y encrespado como

Jantzen. Levantó un dedo y los señaló a los dos:

—Tan solo un puñado de ellos regresó. Y ninguno intacto. Sus cuerpos y sus mentes castigados más allá de lo que nuestro pobre conocimiento podía curar. Tu abuela quedó allá. —Señaló hacia las altas cumbres—. Abandonada como alimento para las alimañas, sin un lugar, sin una tumba a donde poder ir a recordarla. Ni siquiera intentó regresar a recuperar su cuerpo una vez pasado el invierno...

—Tu abuelo, tu magnífico abuelo.

□ • □

El viento acalló su voz durante una pausa interminable donde tan solo el fuego tuvo algo que decir cuando sus llamas se alzaron todavía más altas entre ambos hombres. Una representación física del muro que separaba a los dos y, al mismo tiempo, los unía:

Una pasión interior apenas atemperada... el odio y el rencor de un lado, el inmovilismo como credo y justificación. Del otro, la necesidad de cambiar las cosas, de dar una oportunidad a los que vengan detrás incluso a despecho de sí mismo. No por altruismo, ni siquiera por justicia. Tan solo porque debe hacerse.

—Nunca había oído esa historia de tus labios, aunque confieso que no me es desconocida —Rompió el silencio Jasón—. Sabía que odiabas a tu padre, pero no tenía claro el porqué.

—Ahora ya lo sabes —respondió Jantzen—. Aunque estoy convencido de que no te hará ver a tu abuelo bajo un prisma nuevo. Eres idéntico a él. Un fatuo, un buscador de gloria.

—Me juzgas con mucha dureza, padre, cuando en realidad no ha habido nada en mí que pudieras reprochar... hasta ahora. Pero te daba igual. —Se encogió de hombros Jasón—. Necesitabas volcar el ácido que corroía tus entrañas sobre alguien a quien pudieras controlar y ese fui yo durante años. Al morir el abuelo tu silencioso desprecio aún fue a peor.

—Eso no es cierto ... —Trató de defenderse Jantzen.

—Lo es. ¿Acaso tu verdad ha de prevalecer sobre la mía? Estamos aquí, dos hombres departiendo al calor de un fuego justo antes de que el invierno nos declare la guerra y desate sobre nosotros un infierno blanco... ¿y ni siquiera puedes concederme ese crédito? —Jasón movió la cabeza a un lado y a otro—. Puedo entenderte, pero no tengo por qué estar de acuerdo. Resolviste luchar contra tu dolor cubriéndolo con una capa de odio tan gruesa que toda una vida de buenas obras no basta para

apaciguarte. Dos vidas, la del abuelo y la mía. Pero no es suficiente.

Lejos, muy lejos, se dejó oír el aullido de un lobo llamando a su manada. Los cabellos de la nuca de Jantzen se erizaron en una respuesta instintiva ante el enemigo ancestral, pero eran las próximas palabras de su hijo las que andaba temiendo escuchar en realidad.

"Te lo va a decir, te va a arrojar la verdad a la cara y no habrá nada que puedas decir o hacer para aminorar el impacto. Se acabaron los subterfugios, esto es lo que eres, acéptalo como un hombre".

—Por eso estás aquí. Necesitas mi muerte —dijo Jasón con serenidad y un deje de tristeza—. Y una vez desaparezca yo, tu eterno recordatorio de todo cuanto odias, ¿qué ocurrirá, padre?, ¿hallarás la paz?

Silencio.

El muchacho se encogió de hombros:

—No lo harás. Ojalá fuera así, pero te limitarás a encontrar otro recipiente donde derramar tu odio. ¿Y sabes por qué?, porque es a ti mismo a quien no soportas.

—Cuidado, muchacho —advirtió Jantzen. Pero su protesta sonó floja incluso a sus oídos.

—¿Qué edad tenías cuando fueron a la montaña a cazar a la criatura? Dime, por favor —preguntó Jasón con suavidad.

"Ahí lo tienes... lo sabe. Lo que tú mismo no quieres ni admitir, lo que te ha podrido desde la raíz y no le has confesado ni a tu esposa. El chico siempre ha visto a través tuyo, un depredador oculto entre los matorrales. Y ahora está saltando sobre ti".

—Catorce —susurró Jantzen. Se aclaró la garganta y repitió

con algo más de firmeza—. Catorce recién cumplidos.

Su hijo asintió con la mirada sombría antes de lanzarle otra pregunta:

—¿Y por qué no acudiste tú a la montaña la siguiente primavera? Me consta que algunos lo hicieron. Hemos estado recopilando información poco a poco, hablando con los más viejos sin llamar la atención. Te sorprendería la decepción que guardan dentro de sí mismos. No tanto por lo que ocurrió, como por lo que tu generación consintió después. Un pueblo de ancianos avergonzados de su descendencia. Repito... —insistió

una vez más—, ¿por qué no fuiste tu a buscar el cuerpo de la abuela?

Su padre apretó los dientes y tensó su mandíbula. Casi pareció que iba a decir algo, pero después se encerró en su silencio una vez más

—¿No respondes? —Jasón bajó la cabeza y suspiró—. Entonces no me dejas otra opción.

—Coge la espada del abuelo, esa a la que no le quitas ojo, y sígueme —dijo levantándose y comenzando a caminar.

Jantzen dudó un segundo. ¿Le había dicho que cogiera el arma? Su mirada fue a Torben, que asintió comprendiendo sus dudas y clavó su hacha en el suelo para después cruzarse de brazos.

Jasón se encaminaba hacia una cercana formación rocosa que emergía de la tierra en un lateral del claro cubierto de nieve. No le era desconocida a Jantzen. Sabía que albergaba una cavidad que antaño se usaba como abrigo de pastores y cazadores. Una luz oscilante se adivinaba en su interior.

"¿Por qué no se han refugiado ahí dentro?", surgió la duda en su mente por un instante. Sin embargo, intrigado pese a sí mismo, recogió la enfundada espada y se la echó al hombro mientras comenzaba a seguir a Jasón.

Lo alcanzó en la entrada de la cavidad, donde el chico aguardaba en silencio. Había cogido una antorcha de las muchas que le sorprendió ver que colgaban en las paredes del viejo refugio.

—En cuanto a tu pregunta de antes... —comenzó a decir Jasón al tiempo que se internaban en los pasillos de piedra oscura y filosa—, fue en este preciso lugar donde mi forma de ver al abuelo, bueno, y tantas otras cosas, cambió.

Hizo una pausa y a Jantzen le pareció que dudaba ante la bifurcación del pasillo en el que se encontraban. Había algo extraño en el aire que provocaba que su pelo se erizara incluso en el dorso de la mano. Una... potencia desconocida se acumulaba frente a ellos, podía sentirla atravesando las paredes y el suelo como si fuera un vapor invisible, una opresión en el corazón que provocaba temblores en sus extremidades.

Se apoyó en la pared, falto de aliento y se llevó una mano al pecho. Su hijo se volvió hacia él, extrañado.

—Estoy... estoy a un paso de salir huyendo —confesó Jantzen a regañadientes y con la frente empapada en sudor—. Todo mi ser grita

¡escapa!, ¿qué ocultas ahí enfrente?

Jasón le observó con detenimiento antes de hablar. Por primera vez su voz se dejó escuchar ronca y grave. Como si no fuera del todo ajeno a la influencia de lo que fuera que hubiese en el fondo de la cueva:

—Ahora soy yo quien ha de contarte dos historias, pero para que no dudes de la veracidad de ambas, antes debo mostrarte algo.

Dicho esto, encajó la base de la antorcha en una grieta de la pared, lo suficientemente negra y quemada como para deducir que era usada como soporte bastante a menudo. Alargó un brazo y con su dedo índice le indicó a Jantzen que se adentrara en uno de los pasillos.

Pasó por el lado de su hijo, sujetándose a las paredes para no caer al suelo. En poco tiempo tuvo sus manos callosas llenas de cortes. La superficie de la roca era como una sucesión de pequeños puñales afilados. Casi daba la sensación de que no deseaba ser tocada. Una luz azulada que subía y bajaba en intensidad de forma regular, le indicaba el camino.

Llegó al final del recorrido y se asomó con aprensión a la caverna que se abría a su izquierda.

El horror le golpeó como un rayo, provocando que cayera hacia atrás de espaldas, de nuevo al interior del túnel. Su cabeza golpeó el suelo con fuerza, pero el impacto tuvo la virtud de aclarar su mente. Recordó la espada que cargaba a la espalda y sus manos la buscaron frenéticas mientras no dejaba de contemplar el interior de la sala. Con torpeza la sacó de debajo de sí mismo y desenfundó el arma sosteniéndola recta frente a él. Algo iba mal, demasiado liviana, demasiado...

—Corta... falta la mitad de la hoja —balbuceó incrédulo.

Entonces, sus ojos recorrieron aquello que tanto pavor le provocaba y en su interior reconoció el fragmento ausente de la espada de su padre. Una astilla roja de fuego lanzando destellos en medio de ... aquello.

Bajó los brazos, rindiéndose al fin al miedo y al cansancio. A lo inevitable e inabarcable. Su mente no era capaz de tener en cuenta todas las implicaciones de aquello, se daba cuenta. Tan solo era capaz de repetir lo mismo una y otra vez:

—La han aprisionado... unos niños la han cazado —Se apartó el sudor de los ojos con una mano que pesaba toneladas—. Han cazado a la tormenta.